La luna se ha puesto

John Steinbeck

pocket edhasa

La luna se ha puesto

John Steinbeck

pocket edhasa

LA LUNA SE HA PUESTO

JOHN STEINBECK

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: The Moon is Down

Traducción de Pedro Lecuona

Diseño de la cubierta: Edhasa

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Imagen de cubierta: istockphoto

Primera edición impresa: enero 1970

Segunda edición impresa (revisada): mayo 2019

Primera edición en e-book: octubre de 2020

© John Steinbeck, 1942

© Renewed Elaine Steinbeck, Thom Steinbeck and John Steibeck IV, 1970

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4750-0

Producido en España

A Pat Covici, gran editor y gran amigo

LA LUNA SE HA PUESTO

CAPÍTULO I

Hacia las once menos cuarto todo había terminado. El pueblo estaba ocupado, los defensores habían sido derrotados, la guerra había concluido. El invasor había preparado aquella campaña con el mismo cuidado que otras más importantes. El domingo por la mañana, el cartero y el vigilante habían salido a pescar en el bote de vela que el popular comerciante Corell les había prestado para todo el día, y estaban ya varias millas mar adentro cuando vieron que pasaba en silencio un pequeño y oscuro transporte cargado de soldados. Como el asunto les concernía, decidieron enterarse de lo que sucedía, pero cuando llegaron al puerto los soldados se habían apoderado de él. Ni siquiera pudieron llegar a las oficinas de la Municipalidad y, cuando insistieron en sus derechos, los apresaron y los encerraron en la cárcel.

También las fuerzas locales –doce hombres– estaban fuera del pueblo aquella mañana de domingo, pues el popular comerciante Corell les había proporcionado el almuerzo, blancos, cartuchos y premios para un concurso de tiro que se celebraba a seis millas de distancia en una encantadora pradera de su propiedad. Las fuerzas locales, compuestas de fuertes muchachotes, oyeron el ruido de los aviones, vieron a lo lejos los paracaídas y apretaron el paso para volver al pueblo. Cuando llegaron, el invasor había enfilado las ametralladoras en la carretera. Los chicarrones, con poca experiencia de guerra y ninguna de la derrota, abrieron entonces fuego con sus fusiles. Tabletearon un momento las ametralladoras, y seis de ellos se convirtieron en seis bultos muertos, acribillados a balazos; otros tres quedaron moribundos y los tres restantes huyeron al monte con sus fusiles.

A las diez y media, la banda de música de los invasores tocaba una hermosa pieza sentimental en la plaza del pueblo ante los vecinos, que, boquiabiertos y con ojos asombrados, la escuchaban y miraban a los soldados de casco gris y fusil-ametralladora al brazo. A las diez y treinta y ocho minutos se enterraba a los muertos, quedaban plegados los paracaídas y el batallón se alojaba en el almacén que Corell tenía en el dique, donde había mantas y catres para todo un

batallón.

A las once menos cuarto, el intendente Orden había recibido la petición oficial de una audiencia con el coronel Lanser, líder de los invasores, fijada para las once en el palacio –cinco habitaciones– de la municipalidad.

El salón de la municipalidad era muy agradable y acogedor. Las doradas sillas de gastado tapiz, dispuestas rígidamente, parecían criados que no tuvieran nada que hacer. Al lado de la chimenea de mármol, donde ardía el rescoldo de un fuego sin llamas, había una carbonera adornada con pinturas. Dos ventrudos jarrones flanqueaban en la repisa a un gran reloj de porcelana en el que abundaban rollizos querubines. El papel de las paredes era de color rojo oscuro, con figuras doradas; el friso de madera, blanco y bonito, estaba muy limpio. Los cuadros reflejaban principalmente el asombroso heroísmo de unos perrazos que acudían en auxilio de unos niños en peligro. Ni el agua, ni el fuego, ni los terremotos podían hacer nada a un niño mientras hubiera perros como aquéllos.

Sentado al lado del fuego, el viejo doctor Winter, hombre barbudo, sencillo y con cara de bueno, historiador y médico del pueblo, tenía en los ojos una expresión de asombro mientras, cruzadas las manos sobre las piernas, sus pulgares giraban uno en torno al otro. Tan sencillo que sólo un hombre profundo podía adivinar que era profundo, miró de pronto a Joseph, el criado del intendente, para saber si había observado los asombrosos giros de sus pulgares, y le preguntó:

–¿Es a las once?

Joseph contestó, abstraído:

–Sí, señor. La nota decía que a las once.

–¿La ha leído usted?

–No, señor. Me la ha leído su excelencia.

Y se puso a revisar las sillas para ver si se habían movido desde la

última vez que las había puesto en su sitio. Habitualmente gruñía a los muebles, pues esperaba que se mostraran impertinentes, o pícaros, o que tuvieran polvo. En el mundo en el que el intendente era el líder de los hombres, Joseph era el jefe del moblaje, de los cubiertos de plata y de la vajilla. Hombre de cierta edad, enjuto y serio, su vida era tan complicada que sólo un hombre profundo hubiera comprendido que era un hombre sencillo. En el giro de los pulgares del doctor Winter no veía nada asombroso; lo que le producía era irritación. Sospechaba que algo importante pasaba en el pueblo cuando habían llegado tropas extranjeras y los soldados locales habían muerto o caído prisioneros. Tarde o temprano necesitaría una opinión clara sobre la cosa. No quería que lo trataran con frivolidad, ni que los pulgares del médico giraran, ni esperaba tonterías de los muebles. El doctor Winter movió la silla unas pulgadas desde el sitio de ritual y Joseph esperó con impaciencia a que llegara el momento en que podría volver a ponerla en su sitio.

–Entonces, a las once estarán aquí. Es gente puntual –constató el médico.

–Sí, señor –replicó Joseph sin escucharlo.

–Es gente puntual.

–Sí, señor.

–Parecen máquinas.

–Sí, señor.

–Corren hacia su destino como si no les estuviera esperando. Empujan al mundo para que gire más deprisa.

–Así es –contestó Joseph, simplemente porque se iba cansando de decir: «Sí, señor».

A Joseph no le gustaba aquella clase de conversación, porque no le ayudaba a formarse opiniones sobre nada. No tendría sentido que después dijera a la cocinera: «Es gente puntual, Annie»; pues Annie le preguntaría: «¿Qué gente?» y «¿Por qué?», y acabaría diciéndole:

«No diga usted tonterías, Joseph». Joseph había intentado en otras ocasiones contar abajo las cosas que decía el médico, y siempre había ocurrido lo mismo: a Annie le parecían tonterías.

El médico alzó la vista, fija hasta entonces en los pulgares, y observó la disciplina que Joseph imponía a las sillas.

–¿Qué hace el intendente?

–Está vistiéndose para recibir al coronel.

–¿Y no le ayuda usted? Si se viste solo, se va a vestir mal.

–Lo está ayudando Madame. Quiere que tenga la mejor prestancia posible. Le está –y Joseph se ruborizó un poco– arrancando los pelos de las orejas. Como eso hace cosquillas, no me deja que se los arranque yo.

–Claro que hace cosquillas –contestó el doctor Winter.

–Madame insiste en arrancárselos.

El doctor Winter se echó a reír, se levantó y alargó las manos hacia el fuego. Joseph se abalanzó hábilmente para colocar la silla donde debía estar.

–Somos admirables –exclamó el médico–. El país se hunde, han conquistado el pueblo, el intendente se dispone a recibir al conquistador y Madame le sujeta del cuello para poder dominar su forcejeo y arrancarle los pelos de las orejas.

–Se estaba abandonando mucho –replicó Joseph–. También a sus cejas les hace falta. A su excelencia le molesta aún más que le arranquen las cerdas de las cejas que los pelos de las orejas. Dice que el arrancar cerdas de las cejas hace daño. No sé si Madame conseguirá arrancárselas.

–Lo intentará.

–Quiere que tenga la mejor prestancia posible.

Por el cristal de la puerta se vio una cara y un casco.

Se oyó una llamada y se hubiera dicho que en el salón se había apagado una cálida luz y que todo se tornaba gris.

El doctor Winter miró el reloj y dijo a Joseph:

–Llegan antes de la hora. Que pasen.

Joseph se acercó a la puerta y la abrió. Un soldado –capote largo, casco y fusil-ametralladora al brazo– entró, dirigió una rápida mirada a derecha e izquierda y dejó paso. En el umbral apareció un oficial en cuyo sencillo uniforme no se adivinaba la gradación si no fuera por las hombreras. Parecía el retrato –exagerado– de un gentleman inglés. Un poco cargado de hombros, nariz larga y cara roja larga, pero simpática, vestido de uniforme tenía el aire desdichado que suelen tener la mayoría de los oficiales ingleses; plantado en el umbral, miró fijamente al doctor Winter.

–¿Es usted el intendente al mando?

El médico sonrió:

–No, no soy el intendente.

–¿Es usted funcionario de la Municipalidad?

–No. Soy el médico del pueblo y amigo del intendente.

–¿Dónde está el intendente?

–Vistiéndose para recibirlos. ¿Es usted el coronel?

–No, soy el capitán Bentick. –Y al decirlo inclinó la cabeza para saludar al médico, quien le devolvió ligeramente el saludo. Después el capitán añadió un tanto turbado por lo que teñía que decir–: Nuestras ordenanzas prescriben que antes de que el jefe entre en una habitación debemos comprobar si hay armas. No se trata de faltar al respeto, señor doctor. –Y por encima del hombro gritó–: ¡Sargento!

El sargento se acercó rápidamente a Joseph y le palpó los bolsillos:

–No tiene nada, mi capitán.

El capitán se dirigió al médico:

–Espero que sabrá disculparlo.

El sargento se acercó al médico, le palpó también los bolsillos, y sus manos se detuvieron en el interior de la chaqueta, de donde rápidamente extrajo un aplastado estuche de cuero que entregó al capitán. El capitán lo abrió, vio que contenía unos sencillos instrumentos quirúrgicos –dos escalpelos, unas agujas de suturar, unas pinzas y una aguja hipodérmica–, volvió a cerrarlo y se lo devolvió al médico.

El doctor Winter explicó:

–Soy médico de pueblo y una vez tuve que hacer una apendicectomía con un cuchillo de cocina. Desde entonces llevó siempre esas cosas encima.

El capitán abrió un estuchito de cuero de su bolsillo y replicó:

–Creo que éste contiene armas de fuego.

–¡Qué bien hacen ustedes las cosas!

–Sí. El hombre que teníamos aquí ha trabajado largo tiempo.

–Supongo que no querrá usted decirme de quién se trata –exclamó el médico.

–Como ya ha terminado su labor, no creo que haya ningún inconveniente. Se apellida Corell.

El médico hizo un gesto de asombro:

–¿George Corell? ¡No puede ser! Ha hecho mucho por el pueblo; ha concedido hasta premios para el concurso de tiro que se iba a celebrar en las afueras. –Y sus ojos empezaron a iluminarse al darse cuenta de lo que había sucedido, y su boca se cerró lentamente mientras decía–: Ahora lo comprendo; por eso organizó el concurso de tiro. Sí, sí, ya lo comprendo. Pero así y todo parece imposible que pueda ser George Corell.

Se abrió la puerta del otro lado y apareció el intendente, escarbándose el oído derecho con el meñique. Vestía de chaqué y ostentaba el collar del cargo, y tenía un bigotazo blanco que caía como una ducha y dos bigotes más pequeños, uno sobre cada ojo. Se había cepillado la cabeza, pero el pelo empezaba a esforzarse por recobrar su libertad y enderezarse. Llevaba tanto tiempo siendo intendente que personificaba la idea «Intendente». Hasta las personas mayores le veían en la imaginación cuando veían impresa o escrita la palabra «Intendente».

Su cargo y él eran una sola cosa. El cargo le había dado dignidad, y él había infundido calor al cargo.

Detrás del intendente apareció Madame, mujer pequeña, arrugada y decidida. Madame entendía que era ella quien, de una pieza de paño, había creado a aquel hombre; que era ella quien lo había inventado, y estaba segura de que si tuviera que hacerlo de nuevo le saldría mejor. Sólo una o dos veces lo había comprendido totalmente en la vida, pero la parte de él que conocía la conocía al detalle y bien. No se le escapaban jamás su falta de apetito ni ningún dolor que pudiera sentir, sus descuidos ni sus mezquindades; pero ninguno de sus pensamientos, sueños ni nostalgias le había llegado nunca, a pesar de que varias veces había contemplado las estrellas.

En aquella ocasión se adelantó un poco y, como si le hubiera sacado de la boca el dedo a un niño que estuviera chupándoselo, lo agarró de la mano para sacarle el meñique de la oreja, le puso la mano en el costado, donde debía tenerla, y le dijo:

–Nunca me he creído que haga tanto daño como dices. –Y dirigiéndose al médico, añadió–: No me deja que le arregle las cejas.

–Hace daño –replicó el intendente.

–Muy bien. Si quieres tener la facha que tienes, no es mi culpa –repuso Madame, quien se dirigió otra vez al médico–: Me alegro de que esté usted aquí, doctor. –Después alzó la vista y miró al capitán Bentick–: Ah, el coronel.

–No, señora; estoy preparando la llegada del coronel –contestó el

capitán–. ¡Sargento!

El sargento, que había estado dando la vuelta a los cojines y mirando detrás de los cuadros, se acercó al intendente y le palpó los bolsillos.

–Perdone usted, señor intendente. Lo mandan las ordenanzas –dijo el capitán.

Después dirigió la mirada a una libretita que tenía en la mano.

–Excelencia: creo que tiene usted dos armas de fuego.

–¿Armas de fuego? –replicó el intendente–. Supongo que se refiere usted a las escopetas. Sí, tengo una escopeta y un fusil de caza. –Y añadió en un tono un poco quejumbroso–: Ya no salgo mucho a cazar. Siempre tengo la intención de salir, pero cuando empieza la temporada no salgo. Ya no me gusta tanto como antes.

El capitán Bentick insistió:

–¿Dónde están las armas, excelencia?

El intendente se frotó una mejilla e intentó recordar:

–Creo que... –Y se volvió hacia Madame–. ¿No estaban en el fondo del armario del dormitorio, junto a los bastones?

–Sí, y por esto todos los trajes apestan a aceite. Ya podías guardarlas en otro sitio –contestó Madame.

A la voz de «¡Sargento!» dada por el oficial, el subordinado entró en el dormitorio. El capitán Bentick exclamó:

–Es un deber desagradable. Perdonen ustedes.

El sargento volvió trayendo una escopeta de dos cañones y un buen rifle de caza, y los dejó al lado de la puerta de entrada.

–Eso es todo. Gracias, excelencia; gracias, Madame –dijo el capitán y, volviéndose hacia el médico, añadió–: Gracias, doctor. El coronel Lanser vendrá enseguida. Buenos días.

Y salió seguido por el sargento, que llevaba la escopeta y el rifle en una mano y el fusil-ametralladora en el brazo derecho.

–Por un momento había creído que era el coronel. Es bastante buen mozo –dijo Madame.

El médico comentó irónicamente:

–Ha venido para proteger al coronel.

Madame estaba pensando: «¿Cuántos oficiales vendrán?», pero cuando miró a Joseph y vio que estaba escuchando desvergonzadamente, meneó la cabeza y frunció el ceño. Joseph volvió a sus pequeños quehaceres y continuó quitando el polvo.

–¿Cuántos cree usted que vendrán? –preguntó Madame al médico.

El médico movió con ruido escandaloso una silla y se sentó.

–No sé.

–Hemos estado hablando de qué es lo que les podríamos ofrecer, si una taza de té o una copa de vino. Para ofrecerles algo, necesito saber cuántos van a ser; y si no les ofrecemos nada, ¿qué vamos a hacer?

El médico meneó la cabeza y sonrió.

–No sé. Hace tanto tiempo que no conquistamos nada o que no nos han conquistado que no sé lo que se debe hacer.

El intendente se había vuelto a llevar un dedo a la oreja:

–Me parece que no debemos ofrecerles nada. Creo que al pueblo no le gustaría. No sé por qué, no quiero beber con ellos.

Madame llamó al médico:

–¿No solía la gente en otros tiempos (quiero decir, los jefes) dirigirse cumplidos mutuos y tomar una copa de vino?

El médico asintió: «Sí, sí», meneó lentamente la cabeza y contestó:

–Es posible que entonces fuera distinto. Los reyes y los príncipes jugaban a la guerra como los ingleses juegan a la caza. Cuando el zorro moría, se reunían a desayunar. Pero el intendente probablemente tiene razón: al pueblo no le gustaría que brindáramos con el invasor.

–Annie me ha dicho que el pueblo está escuchando la música y, si ellos pueden hacer eso, ¿por qué no hemos de portarnos nosotros como personas civilizadas? –contestó Madame.

El intendente la miró fijamente un instante y habló en tono duro:

–Con tu permiso, creo que no se va a beber nada. La gente está perpleja. Han vivido en paz tanto tiempo que no acaban de creer en la guerra. Cuando crean, se les pasará la perplejidad. A mí me eligieron para que no me quede perplejo. Esta mañana han muerto seis chicos del pueblo, y no nos vamos a reunir en un desayuno de caza. La gente no va a la guerra por deporte.

Madame bajó un poco la cabeza. En algunas ocasiones a lo largo de la vida, su marido había sabido ser intendente, y ella había aprendido a no confundir al intendente con el marido.

El intendente miró el reloj y, cuando apareció Joseph con una taza de café, la tomó distraídamente, dio las gracias y bebió un sorbo.

–Quiero que se me comprenda claramente –dijo al médico en tono de disculpa–. En buena... ¿Cuántos crees tú que son los invasores?

–No muchos –contestó el médico–. No creo que pasen de doscientos cincuenta, pero cada uno lleva su pequeña ametralladora.

El intendente tomó otro sorbo de café e hizo otra pregunta:

–¿Qué ocurre en el resto del país?

El médico se encogió de hombros.

–¿No ha habido resistencia en ninguna parte? –prosiguió el intendente, desalentado.

El médico se volvió a encoger de hombros:

–No sé. Se han apoderado de las líneas telegráficas o las han cortado. No hay noticias.

–¿Y nuestros chicos, nuestras tropas?

–No sé.

–He oído que... Annie ha oído que... –interrumpió Joseph.

–¿Qué sabe usted?

–Han muerto tres chicos. Annie ha oído que otros tres han quedado heridos y caído prisioneros –contestó Joseph.

–Eran doce.

–Annie me ha dicho que tres han huido.

–¿Quiénes son los que han huido? –preguntó el intendente, volviéndose bruscamente.

–No sé. Annie eso no lo ha oído.

Madame, que estaba inspeccionando una mesa para ver si tenía polvo, exclamó:

–Quédese usted cerca del timbre cuando vengan. Es posible que necesitemos algo. Póngase la otra chaqueta, la de los botones. –Y después de pensar un momento, añadió–: Y cuando termine de hacer lo que se le diga, salga del salón. Da mala impresión verle escuchando; queda provinciano.

–Sí, señora –contestó Joseph.

–No se servirá vino, Joseph, pero tenga a mano la cajita de plata con cigarrillos. Para encenderle uno al coronel no frote el fósforo en la suela del zapato, frótelo en la caja.

–Sí, señora.

El intendente se soltó el chaqué, sacó el reloj, lo guardó y se volvió a abotonar el chaqué, pero demasiado arriba. Madame se le acercó

y se lo abotonó correctamente.

–¿Qué hora es? –preguntó el médico.

–Las once menos cinco.

–Es gente puntual –replicó el médico–. Llegarán a la hora. ¿Quieren ustedes que me vaya?

El intendente se sobresaltó y rio suavemente.

–¿Si queremos que te vayas? No, no; quédate. Tengo un poco de miedo. –Y añadió en tono de disculpa–: Bueno, miedo, no; estoy un poco nervioso. Hace mucho tiempo que no nos conquistaban...

Se detuvo para escuchar. A lo lejos se oía una banda de música, una marcha. Madame, el intendente y el médico se volvieron para prestar atención.

–Ya vienen. Espero que no sean muchos. Este salón no es muy grande –dijo Madame.

–¿Preferiría usted disponer del Salón de los Espejos de Versalles? –replicó irónicamente el médico.

Madame se mordió los labios, dirigió una mirada a su alrededor y musitó: «Es un salón muy pequeño». En su imaginación estaba ya colocando a los conquistadores.

La música subió un poco y luego fue extinguiéndose. Llamaron suavemente a la puerta.

–¿Quién puede ser? Joseph, sea quien sea, dígale que venga más tarde. Estamos ocupados –dijo Madame.

Volvieron a llamar. Joseph se acercó a la puerta, la entreabrió y acabó por abrirla un poco más. En el umbral apareció una silueta gris, con casco y manoplas:

–El coronel Lanser saluda a su excelencia y le ruega que lo reciba.

Joseph abrió la puerta de par en par. El soldado entró, recorrió

rápidamente el salón con la mirada y se apartó:

–El coronel Lanser.

En el salón entró otro soldado con casco. Sólo en las hombreras se le conocía la graduación. Detrás de él entró un hombrecillo vestido de negro. El coronel –hombre de cierta edad, pelo gris, expresión dura y cara de cansado– tenía las espaldas cuadradas propias de los hombres de armas, pero a sus ojos les faltaba la inexpresividad que suelen tener los del soldado. El hombrecillo vestido de negro era calvo y sonrosado, con unos ojitos negros y una boca sensual.

El coronel se quitó el casco y esbozó un rápido saludo de cabeza: «¡Excelencia!». Después saludó a Madame: «¡Madame!», y añadió:

–Haga el favor de cerrar la puerta, cabo.

Joseph se apresuró a cerrarla y miró con aire de triunfo al cabo.

El coronel preguntó con la mirada quién era el médico. El intendente lo presentó:

–El doctor Winter.

–¿Tiene algún cargo?

–Es el médico del pueblo, y podría decir que su historiador.

El coronel le dirigió un leve saludo:

–No quisiera ser impertinente, doctor, pero en su historia va a haber quizás una página...

–Quizá muchas –replicó el médico sonriendo.

El coronel se volvió ligeramente hacia su acompañante:

–Creo que conoce usted al señor Corell.

–¿A George Corell? Ya lo creo que lo conozco. ¿Qué tal está usted, George? –exclamó el intendente. El médico lo interrumpió bruscamente para decir en tono solemne:

–Excelencia: nuestro amigo George Corell preparó la invasión al pueblo. Nuestro bienhechor George Corell ha alejado del pueblo a nuestros soldados. George Corell, a quien hemos sentado frecuentemente a nuestra mesa, había hecho una lista de todas las armas que había en el pueblo. Ése es nuestro amigo George Corell.

–Trabajo en pro de mis ideas y creo que es un trabajo honrado –replicó Corell, indignado.

Con la boca abierta, lleno de perplejidad, el intendente miraba tan pronto al médico como a Corell.

–¡No es verdad, George! ¡No puede ser verdad! Ha comido usted en mi casa, ha bebido oporto conmigo, me ha ayudado a proyectar el hospital. ¡No puede ser verdad!

Y al decirlo lo miraba fijamente, mientras Corell le devolvía una mirada de desafío. Hubo un largo silencio. El intendente se volvió hacia el coronel. Su cara había adquirido una expresión dura y solemne. Su postura era rígida.

–No quiero hablar en presencia de este caballero.

–Tengo derecho a estar aquí –replicó Corell–. Soy un soldado, como los demás. La diferencia está en que no visto uniforme.

–No quiero hablar en presencia de este caballero –replicó el intendente.

–Señor Corell, ¿quiere usted hacer el favor de dejarnos solos? –preguntó el coronel.

–Tengo derecho a estar aquí –contestó Corell.

–¿Quiere hacer el favor de dejarnos? –le repitió con dureza el coronel–. ¿Tiene usted más categoría que yo?

–No, señor.

–Pues haga el favor de salir.

Corell dirigió una furiosa mirada al intendente, se volvió y salió del

salón. El médico soltó una risita irónica y exclamó:

–Creo que con esto tengo para escribir un párrafo bastante bueno en mi historia.

El coronel fijó un momento la mirada en él, pero no replicó.

En aquel momento se abrió la otra puerta y apareció Annie, con su pelo pajizo, los ojos congestionados y cara de enojada.

–En la parte trasera hay tres soldados, Madame.

–No entrarán –dijo el coronel–. Es una simple medida de seguridad militar.

–Annie, si tiene que decirme algo, que venga Joseph a decírmelo –replicó Madame fríamente.

–Me ha parecido que querían entrar –dijo Annie–. Han olido el café.

–¡Annie!

–Sí, señora –contestó Annie retirándose.

–¿Puedo sentarme? –preguntó el coronel–. Hace mucho tiempo que no dormimos.

El propio intendente pareció despertar de un sueño:

–Sí, sí; siéntese.

El coronel miró a Madame y, cuando Madame se sentó, se sentó él también con un gesto de cansancio. El intendente continuó de pie. Seguía estando medio en sueños.

–Queremos entendernos todo lo bien que podamos –empezó el coronel–. Esto tiene mucho de asunto comercial. Necesitamos la mina de carbón y la pesca. Procuraremos molestar lo menos posible.

–¿Qué está pasando en el resto del país? No he tenido noticias –replicó el intendente.

–Lo hemos ocupado totalmente. La operación estaba bien planeada.

–¿No ha habido resistencia en ninguna parte?

El coronel lo miró con compasión.

–Ojalá no hubiera habido. Sí, ha habido cierta resistencia, pero no ha servido más que para derramar sangre. Lo habíamos planeado todo muy bien.

–Pero ¿ha habido resistencia? –insistió el intendente.

–Sí, ha habido quienes han cometido la tontería de resistir. Lo mismo que aquí, la resistencia fue sofocada enseguida. Ha sido una pena y una tontería querer resistir.

El médico insistió en lo que más interesaba al intendente:

–Habrá sido una tontería, pero ¿han resistido?

–Sólo unos cuantos, y luego han huido. En general, la gente está tranquila –contestó el coronel.

–La gente no sabe todavía lo que ha sucedido –replicó el médico.

–Empieza a averiguarlo, y ya no habrá más tonterías –añadió el coronel. Su voz se animó después de carraspear–: Ahora, hablemos del asunto. Estoy realmente cansado, pero si quiero dormir necesito dejar arregladas las cosas… –Y sentándose más erguido, prosiguió–: Yo tengo más de ingeniero que de militar. Para mí, todo esto es más una empresa de ingeniería que una conquista. Hay que extraer carbón y embarcarlo. Tenemos técnicos, pero la gente del pueblo seguirá trabajando en la mina. ¿Está claro? No queremos ser duros.

–Está claro, pero suponga usted que la gente no quiera trabajar –replicó el intendente.

–Confío en que querrán, pues tienen la obligación. Necesitamos el carbón.

–¿Y si no trabajan?

–Tienen que trabajar. Es gente de orden y no querrán tener disgustos. –Y al ver que el intendente no decía nada, acabó por

preguntarle–: ¿No es así, señor intendente?

El intendente retorció la cadena entre los dedos.

–No sé, coronel. Es gente de orden cuando les manda su propio Gobierno. No sé cómo serán bajo su mando. Eso es terreno desconocido. Organizar nuestro gobierno nos ha costado cuatrocientos años.

–Lo sabemos, y nos proponemos conservarlo –le interrumpió rápidamente el coronel–. Usted seguirá siendo intendente, dando las órdenes, imponiendo los castigos y concediendo recompensas. De esa manera no crearán dificultades.

El intendente miró al médico:

–¿Qué le parece?

–No lo sé –contestó el médico–. Será interesante verlo. Yo creo que habrá dificultades. Nuestra gente puede ser difícil.

–Tampoco yo lo sé –replicó el intendente, y, dirigiéndose al coronel, añadió–: Son mi gente y, sin embargo, no sé lo que harán. Quizás usted lo sepa. Quizá resulte algo muy distinto de lo que usted y yo sabemos. Hay pueblos que aceptan a jefes impuestos y los obedecen. Pero a mí me hizo el pueblo, y puede deshacerme. Tal vez me deshaga si cree que me he pasado al bando de ustedes. No lo sé.

–Les prestará usted un servicio si los hace obedecer –dijo el coronel.

–¿Un servicio?

–Sí, un servicio. Tiene usted el deber de preservarlos de todo daño. Si se rebelan, correrán peligro. Nosotros tenemos que obtener carbón, y nuestros jefes no nos dicen cómo; sólo nos ordenan que lo obtengamos. Usted tiene que hacer trabajar a su gente para que puedan vivir seguros.

–Suponga usted que no quieren vivir seguros.

–En ese caso tiene usted que pensar por ellos.

–Mi pueblo no quiere que nadie piense por ellos –replicó el intendente con cierto orgullo–. Es posible que sea distinto del suyo. Estoy confuso, pero tengo la seguridad de que no quiere.

En esto entró apresuradamente Joseph, se detuvo y se inclinó, reventando por decir algo a Madame.

–¿Qué pasa, Joseph? –le preguntó Madame–. Traiga la caja de plata con los cigarrillos.

–Perdón, señora. Perdón, excelencia.

–¿Qué quiere usted? –le preguntó el intendente.

–Se trata de Annie. Se está poniendo de muy mal humor.

–¿Qué pasa? –preguntó Madame.

–No le gustan los soldados que están en la parte trasera.

–¿La han molestado? –le preguntó el coronel.

–Están mirándola a través del cristal de la puerta, y no le gusta.

–Cumplen órdenes. No hacen daño a nadie –dijo el coronel.

–Pero a Annie no le gusta nada –replicó Joseph.

–Dígale que ande con cuidado, Joseph –le dijo Madame.

–Sí, señora.

El cansancio cerraba los ojos al coronel.

–Quiero preguntarle otra cosa, señor intendente. ¿Habría posibilidad de que mis oficiales y yo nos alojáramos aquí?

–Esta casa es pequeña; hay otras más grandes y más cómodas –le contestó el intendente después de pensarlo un momento.

Joseph volvió con la caja de cigarrillos, la abrió y se plantó delante del coronel; cuando el coronel tomó uno, se lo encendió con cierta ostentación. El coronel aspiró con ganas una bocanada.

–Eso no importa. Hemos descubierto que cuando algunos oficiales viven bajo el mismo techo que la autoridad local hay más tranquilidad.

–¿Quiere usted decir que el pueblo saca la impresión de que hay cierta colaboración?

–Puede que sea eso.

El intendente dirigió una desesperanzada mirada al médico, pero, como el médico no pudo devolverle más que una sonrisa forzada, replicó en voz baja:

–¿Puedo rechazar ese honor?

–Lo siento, pero no puede usted –le contestó el coronel–. Son órdenes superiores.

–Al pueblo no le va a gustar.

–Siempre saca usted al pueblo a relucir. El pueblo está desarmado. El pueblo no pinta nada.

El intendente meneó la cabeza:

–No lo sabe usted bien, coronel.

Al otro lado de la puerta se oyó una colérica voz de mujer, un ruido sordo y un grito de hombre. Poco después franqueaba la puerta Joseph, arrastrando los pies.

–Les ha echado agua hirviendo. Está furiosa.

Se oyeron unas voces de mando y un ruido de pasos. El coronel se levantó pesadamente.

–¿No tiene usted autoridad sobre sus criados?

El intendente sonrió:

–Muy poca. Cuando está contenta es buena cocinera. ¿Ha lastimado a alguien? –preguntó a Joseph.

–Necesitamos realizar nuestra labor. Es una labor de ingeniería. Tendrá usted que imponer disciplina a su cocinera –dijo el coronel.

–No puedo –le contestó el intendente–. Se irá.

–En estas circunstancias no puede irse.

–Entonces echará agua –replicó el médico.

Se abrió la puerta y apareció un soldado.

–¿Me llevo detenida a esta mujer, mi coronel?

–¿Hay alguien lastimado? –preguntó el coronel.

–Ha abrasado a uno y mordido a otro. La hemos tenido que sujetar, mi coronel.

El coronel parecía no saber qué hacer.

–Suéltenla y aléjense un poco de la casa.

–A la orden, mi coronel. –Y la puerta se cerró detrás del soldado.

–Podría fusilarla, podría encarcelarla –exclamó el coronel.

–Nos quedaríamos sin cocinera –replicó el intendente.

–Mire usted –le dijo el coronel–, a nosotros nos dan instrucciones de que nos entendamos bien con la gente.

–Perdone usted, coronel, pero voy a ver si los soldados han lastimado a Annie –exclamó Madame.

El coronel se puso de pie y se dirigió al intendente:

–Le he dicho que estoy muy cansado y que necesito dormir. Haga el favor de cooperar, en bien de todos. –Y como el intendente no dijera nada, añadió–: En bien de todos, ¿entiende?

–Este pueblo es pequeño. No sé. El pueblo está sumido en una gran confusión, y yo también.

–¿Procurará usted cooperar?

El intendente meneó la cabeza.

–No sé. Cuando el pueblo decida qué es lo que quiere hacer, probablemente cooperaré.

–La autoridad es usted.

El intendente sonrió.

–No lo creerá usted, pero es cierto: la autoridad está en el pueblo. No sé cómo ni por qué, pero así es. Eso quiere decir que no podemos obrar con tanta rapidez como ustedes, pero cuando nos fijamos una dirección obramos todos de acuerdo. Ahora estoy en plena confusión. Todavía no sé nada.

–Espero que nos entenderemos bien. Será mucho más conveniente para todos. Espero poder confiar en usted. No quiero pensar en las medidas que deberíamos adoptar para mantener el orden.

El intendente se quedó callado.

–Espero poder confiar en usted –repitió el coronel.

El intendente se llevó un dedo a la oreja, agitó la mano y replicó:

–No sé.

En la puerta apareció Madame.

–Annie está furiosa. Ha ido a la casa de al lado a hablar con Christine. También Christine está furiosa.

–Christine es aún mejor cocinera que Annie –comentó el intendente.

CAPÍTULO II

La oficialidad que estaba a las órdenes del coronel Lanser instaló su cuartel general en el palacete de la Municipalidad. Eran cinco hombres, además del coronel. El mayor Hunter, especialista en números, era un hombrecillo que por ser un ente en quien se podía confiar clasificaba a los demás en personas en quienes se podía confiar y en personas que no tenían derecho a vivir; era ingeniero, pero, salvo en caso de guerra, a nadie se le hubiera ocurrido darle mando, pues ponía a los hombres en hilera, como si fueran números, y los sumaba, restaba y multiplicaba. Era más bien un aritmético que un matemático. Jamás le había entrado en la cabeza el humorismo, la música o el misticismo de las matemáticas superiores. Los hombres podrían tener distinta estatura, peso o color, se podrían diferenciar como el 6 del 8, pero aparte de eso existían entre ellos pocas diferencias. Se había casado varias veces y no sabía por qué habían llegado sus mujeres a un terrible estado de nervios antes de abandonarlo.

El capitán Bentick era un hombre que amaba la vida de familia, los perros, los niños sonrosados y las Navidades. Demasiado viejo para no ser más que capitán, su falta de ambición le había impedido ascender. Antes de la guerra admiraba extraordinariamente a los terratenientes ingleses, vestía trajes ingleses, tenía perros ingleses, fumaba en pipa inglesa una mezcla que le enviaban de Londres, estaba subscrito a revistas inglesas de agricultura y se pasaba la vida discutiendo sobre los respectivos méritos de los setters ingleses y de los setters Gordon. Además, pasaba las vacaciones en Sussex y le gustaba que en Budapest o en París lo tomaran por inglés. La guerra cambió todo eso exteriormente, pero el capitán Bentick había fumado demasiado tiempo en pipa y había usado bastón demasiado tiempo como para renunciar demasiado bruscamente a esas cosas. Cinco años antes había escrito al Times una carta sobre la desaparición del pasto en los Midlands y la había firmado como Edmund Twitchell Esq., y, lo que es más, el Times la había publicado.

Si el capitán Bentick era demasiado viejo para capitán, el capitán Loft era demasiado joven. El capitán Loft era todo lo capitán que uno se pueda imaginar. Vivía y respiraba capitanía. No tenía momentos civiles. Su potente ambición lo había hecho ascender rápidamente. Subió como sube la crema en la leche. Juntaba los talones con la perfección de un bailarín. Conocía todas las reglas de la cortesía militar e insistía en aplicarlas. Los generales lo temían porque de conducta militar sabía más que ellos. Creía que el grado más elevado de la evolución animal era el soldado. Si pensaba en Dios, pensaba en él como en un viejo general cargado de honores, retirado y cano, que vivía de recuerdos de batallas y para depositar coronas de flores en las tumbas de sus oficiales varias veces al año. Creía también que todas las mujeres se enamoraban de un uniforme, y no comprendía cómo podía ser de otra manera. En un curso normal de acontecimientos, hubiera llegado a general de brigada a los cuarenta y cinco años, y se habría visto retratado en los diarios ilustrados, entre mujeres altas, pálidas y masculinas, tocadas con sombreros de ala ancha adornados con encajes.

Los tenientes Prackle y Tonder, dos mocosos, estudiantes de universidad, formados en la política actual, tenían tal fe en el nuevo gran sistema inventado por un genio que nunca se habían tomado la molestia de comprobar sus resultados. Jóvenes sentimentales, se abandonaban con facilidad a las lágrimas y a la furia. El teniente Prackle guardaba en la parte posterior del reloj un rizo de pelo envuelto en un pedacito de seda azul, pero, como el pelo se escapaba y se enredaba constantemente en el áncora, para saber la hora tenía que llevar reloj de pulsera. Bailarín profesional en su vida civil, a pesar de ser un chico alegre sabía fruncir el ceño como el Führer y cavilar como el Führer. Odiaba el arte degenerado y había echado a perder varios lienzos con sus propias manos. Le solían salir tan bien en los cabarés los apuntes a lápiz que muchas veces le habían dicho que se debía haber dedicado al arte. Tenía varias hermanas rubias y estaba tan orgulloso de ellas que una vez que pensó que las habían insultado armó un tremendo escándalo; y las hermanas se turbaron un poco, porque temían que alguien se pusiera a demostrar que no eran insultos, sino verdades, cosa que no hubiera sido difícil. La mayor parte del tiempo que tenía libre lo pasaba soñando en seducir a la hermana del teniente Tonder, robusta rubia a quien le gustaba ser seducida por hombres de más

edad que no le desarreglaran el pelo como hacía el teniente Prackle.

El teniente Tonder era poeta, un poeta amargo que soñaba con el amor perfecto e ideal que un joven idealista puede sentir por una muchacha pobre. Romántico, de un romanticismo impreciso, su visión era tan amplia como su experiencia. A veces hablaba mentalmente en verso libre con imaginarias mujeres morenas. Soñaba con morir en el campo de batalla, y veía en el fondo a sus padres, llorando, y al Führer, animoso pero triste ante la juventud que moría. Se imaginaba frecuentemente cómo sería su muerte, iluminada por un rubio sol de ocaso que reluciría en los rotos arreos militares. Rodeado de sus hombres con la cabeza baja, sobre una densa nube galoparían las valquirias de pecho opulento, madres y amantes en una sola pieza, mientras a lo lejos estallaba un trueno. Sabía hasta las palabras precisas que diría al morir.

Ésos eran los oficiales del coronel Lanser, cada uno de los cuales jugaba a la guerra como los niños juegan a guardias y ladrones. El mayor Hunter pensaba en la guerra como en un problema aritmético que debía resolver para poder volver a su hogar; el capitán Loft, como en la carrera más adecuada para un joven bien criado; y los tenientes Prackle y Tonder, como en un sueño en que nada era real. Su guerra había sido hasta entonces un juego: buenas armas y planes bien trazados contra enemigos inermes y sin planes. No habían perdido ninguna batalla y habían sufrido poco daño. En momentos difíciles, eran tan cobardes o tan valientes como cualquiera. El único que de todos ellos sabía realmente lo que era la guerra era el coronel Lanser.

Veinte años antes había estado en Bélgica y en Francia, y procuraba no pensar en lo que sabía: que la guerra es traición y odio, torpezas de generales ineptos, tortura y muerte, y náusea, y cansancio; y que, cuando todo ha pasado, lo único que queda son nuevos desalientos y nuevos odios. Se decía a sí mismo que él era un soldado a quien le daban órdenes que tenía que cumplir, y que no esperaban de él que las analizara, ni que pensara, sino sólo que las cumpliera; y procuraba apartar los recuerdos de la otra guerra y la idea segura de que ésta sería igual. «Ésta será distinta», se decía cincuenta veces al día; ésta será distinta.

En los desfiles, en las aglomeraciones, en los partidos de fútbol y en

la guerra, los contornos se difuminan, las cosas reales se convierten en irreales y en la mente se levanta la niebla. La tensión, la excitación, la fatiga y el movimiento se funden en un gran sueño gris, y cuando pasa se hace difícil recordar cómo era aquello de matar o de ordenar que murieran. Y cuando otros que no estuvieron cuentan cómo era, se contesta vagamente: «Sí, creo que era algo así».

Los oficiales ocuparon tres habitaciones del piso superior del palacete de la Municipalidad. En los dormitorios habían puesto sus catres, sus mantas y sus equipos; y de la habitación contigua, que quedaba sobre el salón del piso bajo, habían hecho, con unas sillas y una mesa, una especie de club, no muy confortable, donde escribían y leían cartas, conversaban, se hacían servir café, planeaban operaciones y descansaban. En los cuadros, puestos entre las ventanas, se veían vacas, lagos y pequeñas granjas. Desde las ventanas, la vista alcanzaba hasta la orilla del mar por encima del pueblo, y se veían los muelles donde atracaban las gabarras para cargar carbón y volverse al mar; y el pueblo, que torcía en la plaza para llegar a la ribera, y los barquitos de pesca anclados en la bahía con las velas recogidas. De la ribera llegaba el olor de pescado puesto a secar.

El mayor Hunter estaba sentado ante una mesa grande que había en medio de la habitación. Sobre las piernas y apoyado en la mesa tenía un tablero donde, con ayuda de una regla y una escuadra, trazaba el plano de una desviación de línea ferroviaria. Pero la falta de fijeza del tablero lo irritaba tanto que acabó por llamar: «¡Prackle!», y poco después: «¡Teniente Prackle!».

Se abrió la puerta del dormitorio y apareció el teniente con la cara medio cubierta de espuma y la brocha en la mano:

–¿Qué?

El mayor movió el tablero:

–¿No ha aparecido todavía en el equipaje el trípode de mi tablero?

–No lo sé, mi comandante –contestó Prackle–. No he mirado.

–Pues haga el favor de mirar. Ya basta de trabajar con esta luz. Tendré que volver a dibujar esto antes de pasarlo a tinta.

–En cuanto termine de afeitarme, buscaré –replicó Prackle.

–Esta desviación es más importante que su belleza –contestó el mayor, irritado–. Vea si en el montón del dormitorio hay una bolsa de lona que parece de palos de golf.

Prackle desapareció dentro del dormitorio. Se abrió la puerta de la derecha y entró el capitán Loft, con el casco puesto, prismáticos de campaña colgados del cuello y arma al brazo. De todas partes le colgaban estuchitos de cuero. En cuanto entró empezó a desembarazarse de su equipo.

–Bentick está loco. Lo he visto salir de servicio con el gorro cuartelero –exclamó mientras dejaba los prismáticos en la mesa y se quitaba el casco y la bolsa de la máscara. Pronto hubo un montón de cosas sobre la mesa.

–No deje usted esas cosas ahí –le dijo Hunter–. Tengo que trabajar. ¿Por qué no se va a poner Bentick el gorro? Hasta ahora no ha habido ningún jaleo. Estoy harto de los cascos. Son pesados y no dejan ver bien.

–La costumbre de no usarlo es mala –replicó Loft con cierta impertinencia–. Influye en el respeto de la gente. Hay que mantener una actitud militar, alerta, y no cambiarla. No hacerlo puede traer complicaciones.

–¿Qué le hace a usted pensar eso? –le preguntó Hunter.

Loft se contuvo un poco. Su seguridad –aquella seguridad que hacía que tarde o temprano le diera a todo el mundo ganas de asestarle un puñetazo en la nariz– le afinó los labios:

–No es que lo crea. No hacía más que parafrasear el Manual X-12 referente a la conducta en países ocupados: «Debería...», lo cambió por: «Todos deberían leer detenidamente el Manual X-12».

–Me gustaría saber si su autor estuvo alguna vez en un país ocupado. Esta gente es inofensiva; parece buena, obediente –

contestó Hunter.

En la puerta apareció Prackle con la cara aún medio cubierta de espuma. Traía un tubo de lona parda. Detrás de él entró el teniente Tonder.

–¿Es éste? –preguntó Prackle.

–Sí; sáquelo y ármelo.

Prackle y Tonder armaron el trípode, lo probaron y lo pusieron cerca de Hunter. El mayor atornilló el tablero, lo inclinó a la derecha y a la izquierda y acabó por acomodarse, refunfuñando.

–¿Sabe usted que tiene jabón en la cara? –le preguntó Loft a Prackle.

–Sí, mi capitán. Me estaba afeitando cuando el mayor me ordenó que le buscara el trípode.

–Será mejor que se lo quite –le contestó Loft–. Podría verlo el coronel.

–No diría nada. No le importan esas cosas.

Tonder miraba por encima del hombro de Hunter para ver cómo trabajaba.

–Es posible que no le importen, pero no está bien –repuso Loft.

Prackle sacó un pañuelo y se limpió la mejilla. Tonder señaló con el dedo un dibujito de uno de las esquinas del tablero del mayor:

–Bonito puente, mi comandante. Pero ¿dónde diablos vamos a construirlo?

Hunter miró el dibujo que le señalaba Tonder y se volvió para mirarlo:

–¡Ah! Ese puente no lo vamos a construir. El trabajo que vamos a hacer es este otro.

–¿Qué hace entonces con ese puente?

Hunter pareció turbarse un poco:

–Verá usted. En el patio de mi casa tengo un modelo en miniatura de una línea ferroviaria y pensaba trazar un puente sobre una ondulación, pero no he llegado a ponerlo y he querido proyectarlo mientras estaba fuera.

El teniente Prackle sacó del bolsillo una página en fotograbado y la desplegó. Era el retrato de una chica rubia y rolliza –toda pantorrillas, vestidito y pestañas, medias negras caladas y escote bajo– que fisgaba por detrás de un abanico negro de encaje. Y después de contemplarlo bien, sosteniéndolo en alto, exclamó:

–Qué cosa más bonita, ¿eh?

El teniente Tonder lo miró con ojos críticos y replicó:

–No me gusta.

–¿Qué es lo que no te gusta?

–No me gusta ella. ¿Para qué guardas su retrato?

–Porque me gusta, y estoy seguro de que a ti también –le contestó Prackle.

–A mí no me gusta –replicó Tonder.

–¿Me quieres hacer creer que no tendrías una cita si pudieras?

–No la tendría.

Prackle se acercó a una de las cortinas.

–Estás loco. Voy a ponerlo aquí arriba para que pienses un poco en ella.

Y fijó el retrato en la cortina con un alfiler.

–Ahí no queda muy adecuado –repuso el capitán Loft, que estaba recogiendo su equipo–. Es preferible que lo quite, teniente. No

produciría muy buena impresión en la gente del pueblo.

Hunter alzó la vista, pensando: «¿Qué es lo que no produciría buena impresión?», pero, cuando vio el retrato, preguntó:

–¿Quién es?

–Una actriz –contestó Prackle.

Hunter lo miró detenidamente.

–¿La conoce usted?

–Es una golfa –replicó Tonder.

–Ah, entonces usted la conoce –repuso Hunter.

Prackle miró fijamente a Tonder.

–¿Cómo sabes que es una golfa?

–Tiene cara de golfa –le contestó Tonder.

–¿La conoces?

–No, ni quiero.

Prackle empezó a decir «Entonces, ¿cómo sabes qué...?» cuando lo interrumpió Loft:

–Es preferible que lo quite de ahí. Póngalo encima de su camastro, si quiere. Esta habitación tiene algo de despacho oficial.

Prackle lo miró con actitud rebelde e iba a decir algo, pero el capitán Loft lo cortó:

–Es una orden, teniente.

El pobre Prackle dobló el papel, se lo metió en el bolsillo e intentó alegremente cambiar de conversación:

–En este pueblo hay chicas bonitas. En cuanto normalicemos un poco la vida y todo marche bien, me voy a dedicar a conocer unas

cuantas.

–Más le vale leer el X-12. Hay un capítulo que trata de asuntos sexuales –le contestó Loft antes de salir, llevándose su mochila, sus prismáticos y el resto del equipo.

El teniente Tonder seguía mirando por encima del hombro de Hunter.

–Eso está muy bien. Los camiones cargados de carbón llegan desde la mina hasta el mismo barco.

Hunter dejó lentamente de trabajar y replicó:

–Tenemos que darnos prisa; hay que poner el carbón en movimiento. Hay mucho trabajo. Me alegra mucho que la gente de aquí sea tranquila y sensata.

Loft volvió sin su equipo, se plantó ante la ventana y contempló la bahía y la mina de carbón.

–Si son tranquilos y sensatos, es porque nosotros somos tranquilos y sensatos. El mérito es nuestro. Por eso insisto en la conducta. Está cuidadosamente pensada.

Se abrió la puerta y entró el coronel Lanser quitándose el capote. Sus oficiales lo saludaron militarmente, no con excesiva rigidez, pero sí con la suficiente.

–¿Quiere usted ir a relevar a Bentick, capitán? –preguntó Lanser a Loft–. No se encuentra bien. Dice que le dan vahídos.

–A la orden, mi coronel –replicó Loft–. ¿Puedo comentarle que hace un momento que he vuelto del servicio?

El coronel lo miró fijamente.

–Espero que no tenga usted ningún inconveniente, capitán.

–Ninguno, mi coronel. Lo digo para que se mencione.

Lanser se calmó y se echó a reír:

–Le gusta que lo mencionen en los informes, ¿eh?

–No hace ningún daño, mi coronel.

–Y cuando lo mencionen unas cuantas veces tendrá usted un colgajo en el pecho, ¿verdad?

–Son mojones de la carrera militar, mi coronel.

–Pero no será eso lo que recordará usted, capitán.

–No lo entiendo, mi coronel.

–Quizá comprenda usted más tarde lo que quiero decir.

El capitán Loft se puso rápidamente el equipo con un «A la orden, mi coronel», y salió. Sus pasos resonaron en la escalera de madera. El coronel lo siguió con la vista con cierto regocijo y luego exclamó en voz baja:

–Ahí va un soldado nato.

Hunter alzó la vista, dejó el lápiz y replicó:

–Un asno nato.

–No –contestó Lanser–. Es soldado como otros son políticos. No tardará mucho en ingresar en el Estado Mayor de algún general y, como verá la guerra desde arriba, le seguirá gustando.

–¿Cuándo cree usted que terminará la guerra, mi coronel? –preguntó el teniente Prackle.

–Terminar, terminar…, ¿qué quiere usted decir?

–¿Cuándo cree usted que la ganaremos?

Lanser meneó la cabeza.

–Ah, no sé. El enemigo vive todavía.

–Pero lo aplastaremos –replicó Prackle.

–¿Cree usted? –le preguntó el coronel.

–¿Usted no?

–Sí, sí; siempre conseguimos aplastarlo –contestó Lanser.

–¿Cree usted que, si hay tranquilidad, por Navidad concederán algunos permisos? –preguntó Prackle muy animado.

–No lo sé. Esa clase de disposiciones las toman en el ministerio –contestó el coronel–. ¿Quiere usted ir a casa por Navidad?

–Me gustaría.

–Tal vez vaya usted –le contestó el coronel–. Tal vez vaya usted.

–¿Cree usted que dejaremos este trabajo cuando termine la guerra, mi coronel? –preguntó el teniente Tonder.

–No lo sé. ¿Por qué lo pregunta?

–Este país es agradable; la gente es simpática. Nuestros hombres, por lo menos algunos, podrían quedarse aquí.

–¿Ha visto usted algún sitio que le guste? –le preguntó el coronel en tono de broma.

–Hay granjas muy hermosas. Juntando cuatro o cinco no sería mal sitio para asentarse.

–¿No tiene usted tierras propias?

–No, mi coronel. Se las llevó la inflación.

Lanser estaba cansado de hablar con chiquillos:

–Bueno, todavía tenemos guerra por delante. De momento, tenemos que ocuparnos del carbón. ¿Cree usted que para empezar a explotar estos países podemos esperar a que termine la guerra? Esa clase de órdenes viene de las alturas. Así se lo diría a usted el capitán Loft. –Después cambió de tono–: Hunter: su acero llega mañana. Esta semana podrá empezar el trazado de la vía.

Sonó una llamada en la puerta y asomó la cabeza de un centinela.

–El señor Corell quiere verlo, mi coronel.

–Dígale que pase –contestó el coronel, añadiendo para los demás–: Es el que hizo el trabajo preliminar. Es posible que nos dé algunos disgustos.

–¿Lo hizo bien? –preguntó Tonder.

–Sí, lo hizo bien, y no va a tener gran popularidad en el pueblo. Es posible que no la tenga tampoco entre nosotros.

–No hay duda de que ha hecho méritos –replicó Tonder.

–No, y no creo que deje de invocarlos –repuso el coronel.

Corell entró frotándose las manos. Irradiaba buena voluntad y camaradería. Vestido con el mismo traje negro del día anterior, tenía en la cabeza un vendaje sujeto con una cruz de esparadrapo. Tras avanzar hasta el centro de la habitación, exclamó:

–Buenos días, mi coronel. Debía de haberlo visitado ayer, después del disgusto de abajo, pero pensé que estaría usted muy ocupado.

–Buenos días –contestó el coronel, y con un ademán presentó–: Mis oficiales.

–Buenos mozos –repuso Corell–. Han actuado bien. Lo cierto es que yo les había preparado bien el terreno.

Hunter bajó la mirada, tomó una plumilla, la mojó en el tintero y se puso a pasar a tinta el plano.

–Lo había preparado usted bien, pero ojalá no hubiera matado usted a aquellos seis hombres; ojalá no hubieran vuelto –repuso Lanser.

Corell abrió los ojos complacido:

–Seis hombres no son muchos para un pueblo como éste, donde hay una mina de carbón.

Lanser replicó muy serio:

–No me opongo a matar cuando es necesario, pero a veces es mejor no matar.

Corell, que había estado observando bien a los oficiales, desvió la mirada.

–¿Podríamos hablar..., a solas, mi coronel?

–Si usted quiere, sí. Teniente Prackle, teniente Tonder: hagan el favor de pasar a su habitación. El mayor Hunter está trabajando, y cuando trabaja no oye nada de lo que se dice.

Hunter alzó la mirada, sonrió mansamente y volvió a fijarla en el tablero. Cuando los tenientes salieron, el coronel añadió:

–Bueno, ya estamos. ¿No quiere usted sentarse?

Corell se sentó detrás de la mesa.

–Gracias, mi coronel.

Lanser miró el vendaje de la cabeza:

–¿Qué? ¿Ya lo han querido matar?

Corell se lo palpó.

–¿Esto? Me lo ha hecho una piedra que ha caído del monte.

–¿Está seguro de que no se la han tirado?

–¿Qué quiere usted decir? Esta gente no tiene nada de feroz. Hace cien años que no han tenido ninguna guerra. Han olvidado lo que es pelear.

–Ha vivido usted aquí y debe usted de saberlo –le contestó el coronel acercándose–. Pero, si no le pasa nada, será que esta gente es muy distinta de la del resto del mundo. Yo he participado en otras ocupaciones. Hace veinte años estuve en Bélgica y en Francia.

Y, meneando la cabeza como para alejar los pensamientos, añadió

ásperamente:

–Ha actuado usted bien y le debemos agradecimiento. Le he mencionado en mi informe.

–Gracias, mi coronel –contestó Corell–. He hecho lo que he podido.

El coronel añadió con aire un poco cansado:

–¿Qué piensa hacer usted ahora? ¿Le gustaría volver a la capital? Si tiene prisa, lo podemos mandar en una gabarra de carbón. Si prefiere esperar, irá en un destructor.

–No quiero volver. Quiero quedarme aquí.

Lanser analizó un momento el deseo de Corell.

–Ya sabe usted que no tengo muchos hombres. No puedo prestarle suficiente protección.

–No necesito protección. Ya le he dicho que esta gente no es violenta.

Lanser miró de nuevo por un instante el vendaje. Hunter levantó la vista, y exclamó:

–Más le vale empezar a usar casco. –Y siguió trabajando.

Corell se adelantó un poco en la silla.

–Quería hablar con usted de una cosa, mi coronel. He pensado que podría ser útil en la administración civil.

Lanser se volvió sobre sus talones, se acercó a la ventana, contempló el paisaje y, volviéndose, replicó en tono suave:

–¿Qué proyectos tiene usted?

–Le explico. Ustedes necesitan una autoridad civil en quien confiar. He pensado que el intendente podría dejar de serlo y... Bueno, si asumo yo el cargo, la autoridad militar y la civil funcionarían de perfecto acuerdo.

Lanser, a quien pareció que se le agrandaban y abrillantaban los ojos, se le acercó y le dijo con dureza:

–¿Ha mencionado eso en su informe?

–Naturalmente. Lo he mencionado en... mi análisis.

–¿Ha hablado usted con alguien del pueblo, exceptuando al intendente, desde que hemos llegado? –lo interrumpió Lanser.

–No. Ya comprenderá usted que todavía están un poco sobresaltados. No esperaban esto –contestó Corell soltando una risita–. No, mi coronel; indudablemente no esperaban esto.

Pero Lanser insistió:

–¿De modo que no sabe usted lo que piensan?

–Saber..., no; están sobresaltados. Están como en un sueño.

–¿No sabe lo que piensan de usted?

–Tengo muchos amigos. Conozco a todo el mundo.

–¿Ha ido algún comprador esta mañana a su tienda?

–No. Es natural que haya habido una interrupción en los negocios. Nadie compra nada.

Lanser se calmó de pronto, se acercó a una silla, se sentó, cruzó las piernas y replicó en tono suave:

–Su servicio es difícil y requiere valor. Habría que recompensarlo bien.

–Gracias, mi coronel.

–Con el tiempo lo odiarán.

–No me importa. Son enemigos.

Lanser titubeó un largo rato antes de hablar, y al fin contestó en el mismo tono suave:

–No va usted a tener ni siquiera nuestro respeto.

Corell se puso en pie de un salto y replicó excitado:

–Esas palabras están en contradicción con las del Führer. El Führer ha dicho que todos los servicios son igualmente dignos.

–Espero que esté en lo cierto. Espero que sepa adivinar lo que piensan los soldados –replicó en tono muy suave el coronel. Después, en un tono casi compasivo, añadió–: Habría que concederle a usted una gran recompensa. –Y, callándose un momento, concentró de nuevo sus pensamientos. Luego prosiguió–: Ahora, vamos a precisar. El mando lo tengo yo. Mi labor consiste en extraer carbón. Para extraerlo tengo que mantener el orden y la disciplina, y para eso necesito saber lo que piensa el pueblo. Tengo que prever la rebelión, ¿comprende usted?

–Bueno, yo puedo averiguar lo que quiere usted saber. Como intendente seré muy eficaz –contestó. Corell.

Lanser meneó la cabeza.

–Sobre eso no tengo instrucciones. Tengo que decidirlo yo mismo. Y creo que usted no volverá a saber nunca más lo que ocurre por aquí. Creo que nadie volverá a hablarle; creo que no se le acercarán más, excepto quienes vivan para el dinero, quienes puedan vivir para el dinero. Si no le presto protección, corre usted grave peligro. Me agradaría mucho que regresara a la capital para que le concedan la recompensa que merece.

–Mi sitio está aquí –contestó Corell–. Me lo he ganado. En mi informe se habla de todo.

Lanser prosiguió como si no lo hubiera escuchado:

–El intendente Orden no es ya un intendente. Es uno del pueblo. Para saber lo que el pueblo piensa y hace no necesita preguntar, porque piensa como él. Vigilándolo a él, los conoceré. Debe continuar en su cargo. Ésa es mi decisión.

–La labor que he hecho merece mejor trato que el de mandarme marchar de aquí –replicó Corell.

–Es verdad, pero creo que para la otra labor, la más importante, usted será sólo un obstáculo. Si no lo odian todavía, lo odiarán. El primero a quien matarían en la primera rebelión sería a usted. Creo que voy a sugerir que lo llamen.

–Me permitirá usted esperar la contestación al informe que he enviado a la capital, ¿verdad? –replicó Corell con cierta tirantez.

–Naturalmente. Pero le aconsejo que vuelva, por su propia seguridad. Francamente, señor Corell, aquí no sirve usted ya para nada. Pero... Bueno, debe de haber otros planes para otros países. Es posible que ahora lo manden a algún otro pueblo de otro país. Adquirirá usted prestigio en otro campo de actividad. Es posible que lo destinen a un pueblo más grande, incluso a una ciudad donde la responsabilidad sea mayor. Le voy a recomendar encarecidamente por la labor que aquí ha hecho.

Los ojos de Corell brillaron de satisfacción.

–Gracias, mi coronel. He trabajado duramente. Quizá tenga usted razón. Pero le ruego que me permita esperar a la respuesta de la capital.

Lanser le dijo con dureza, entornando los ojos:

–Use casco, quédese en casa, no salga de noche y, sobre todo, no beba. No confíe en ninguna mujer ni en ningún hombre. ¿Entendido?

Corell le dirigió una mirada compasiva.

–Creo que no comprende usted. Tengo una casita. Me cuida una campesina. Creo que hasta me quiere un poco. Esta gente es sencilla, pacífica. Yo los conozco bien.

–¿Cuándo aprenderá usted que no hay gente pacífica? ¿No puede usted comprender que no hay gente pacífica? Les hemos invadido el país a traición, mediante una traición preparada por usted. –Y añadió, alzando la voz y con la cara roja–: ¿No puede usted comprender que estamos en guerra con esa gente?

–Los hemos derrotado –replicó Corell un poco impertinentemente.

El coronel se puso en pie y abrió los brazos, desalentado. Hunter alzó la mirada, alargó una mano para evitar que se moviera el tablero y exclamó:

–Cuidado, mi coronel. Estoy pasando a tinta el proyecto y no quisiera tener que volver a empezarlo.

–Perdón –le contestó el coronel, mirándolo un momento. Después continuó como si estuviera explicando en un aula–: La derrota es cosa momentánea, dura poco. Nosotros fuimos derrotados, y ahora atacamos. ¿No comprende usted que una derrota no significa nada? ¿Sabe usted lo que susurran detrás de las puertas?

–¿Lo sabe usted? –le replicó Corell.

–No, pero lo sospecho.

Corell dijo en tono insinuante:

–¿Tiene usted miedo, mi coronel? ¿Está justificado el miedo del líder de esta ocupación?

El coronel se sentó con pesadez.

–Es posible que sea eso. –Y tras suspirar, exclamó en tono de disgusto–: Estoy cansado de la gente que nunca ha estado en una guerra y sabe perfectamente lo que es. –Y, apoyando la barbilla en la palma de la mano, añadió–: Me acuerdo de una viejecita, en Bruselas. Tenía cara de buena, pelo blanco, manos arrugadas, de vieja, y una palidez que las venas parecían casi negras. Cantaba nuestras canciones nacionales envuelta en un chal negro contra el que se destacaba su pelo blanquiazul. Siempre sabía dónde encontrar un cigarrillo o una virgen. –Y al decirlo retiró la mano y se sorprendió a sí mismo como si se hubiera quedado dormido–. No sabíamos que habíamos fusilado a un hijo suyo. Para cuando la fusilamos, había matado a doce hombres con el alfiler de su sombrero. Lo tengo todavía en casa. Tiene un tope de esmalte con un pajarito azul y verde.

–¿La fusilaron ustedes? –preguntó Corell.

–¡Claro que la fusilamos!

–¿Y acabaron los asesinatos?

–No; los asesinatos no acabaron. Y, cuando nos retiramos al fin, el pueblo cortaba el paso a los rezagados, y a unos los quemaban vivos y a otros les arrancaban los ojos, y a algunos llegaron a crucificarlos.

–Esas cosas no se deben decir –dijo Corell alzando la voz.

–Esas cosas no se deben recordar –replicó Lanser.

–No debería ser líder si tiene miedo –le dijo Corell.

–Es que yo sí sé de guerras –contestó suavemente Lanser–. Y cuando se sabe, por lo menos no se cometen equivocaciones tontas.

–¿Habla usted así a los oficiales jóvenes?

Lanser meneó la cabeza:

–No, no me creerían.

–¿Y por qué me habla así a mí?

–Porque su labor ha terminado. Recuerdo que una vez... –Mientras hablaba se oyeron unos pasos en la escalera y se abrió bruscamente la puerta. Asomó la cabeza de un centinela y entró el capitán Loft, quien, rígido, fríamente, con aire militar, exclamó:

–Ha habido una alteración del orden, mi coronel.

–¿Una alteración del orden?

–Tengo que informarle de que han matado al capitán Bentick, mi coronel.

–-Ah..., sí..., Bentick –exclamó Lanser.

Se oyeron otros pasos en la escalera y entraron dos camilleros con unas parihuelas sobre las que yacía un cuerpo cubierto con unas mantas.

–¿Está usted seguro de que ha muerto? –preguntó el coronel a Loft.

–Completamente seguro, mi coronel –contestó secamente el capitán.

Del dormitorio salieron los tenientes con las bocas entreabiertas y con caras un poco asustadas.

–Pónganlo ahí –ordenó el coronel, señalando el espacio que había entre las ventanas. Y, cuando los camilleros salieron, se arrodilló, levantó una punta de la manta, la volvió a dejar inmediatamente como estaba y, todavía arrodillado, preguntó a Loft–: ¿Quién es el autor?

–Un minero –contestó Loft.

–¿Cuál ha sido la causa?

–Estaba yo presente.

–Entonces, infórmeme usted, hombre. ¡Maldita sea!

Loft se contuvo y explicó en tono solemne:

–Cumpliendo órdenes suyas, mi coronel, acababa de relevar al capitán Bentick; y cuando el capitán Bentick estaba a punto de marcharse ha tenido una cuestión con un minero terco que quería dejar el trabajo y que gritaba que él era un hombre libre. Le he ordenado que se pusiera a trabajar y se ha lanzado contra mí con un pico. El capitán Bentick ha querido interponerse... –Y señaló vagamente el cadáver.

Lanser, que seguía arrodillado, asintió lentamente.

–Bentick era un hombre curioso. Quería a los ingleses. Le gustaba todo lo inglés. Creo que no le gustaba mucho la guerra... ¿Ha detenido usted al minero?

–Sí, mi coronel.

Lanser se incorporó lentamente y habló como para sí mismo:

–Ya empezamos de nuevo. Ahora fusilaremos al minero y nos haremos veinte nuevos enemigos. Eso es lo único que sé con seguridad; lo único que sé con seguridad.

–¿Qué dice usted, mi coronel? –preguntó Prackle.

–Nada, nada –contestó Lanser–. Estaba pensando. –Y volviéndose hacia Loft ordenó–: Salude usted al intendente en mi nombre y ruéguele que venga a verme inmediatamente; dígale que se trata de un asunto muy importante.

El mayor Hunter alzó la mirada, secó cuidadosamente la plumilla y la guardó en un estuche forrado de terciopelo.

CAPÍTULO III

La gente del pueblo circulaba con aire taciturno. En sus ojos se había disipado parte del asombro, pero no lo había sustituido aún el brillo de la cólera. En la mina, los mineros empujaban sombríamente las vagonetas. Los pequeños comerciantes estaban detrás de los mostradores, pero no tenían a quién servir. La gente hablaba en monosílabos; todos pensaban en la guerra, en sí mismos, en el pasado y en lo bruscamente que había cambiado todo.

En el salón del palacete de la municipalidad ardía el fuego y estaban encendidas las luces, porque el día era gris y en el aire flotaba la escarcha. Hasta el salón sufría un cambio. Estaban moviendo las sillas tapizadas y retirando las mesitas, y Joseph y Annie se esforzaban en meter una gran mesa cuadrada de comedor por la puerta de la derecha. Tenían que meterla de costado. En el umbral asomaba la cara roja de Annie. Joseph, que estaba en el salón, maniobrando para meter las patas, le dijo:

–¡No empujes, Annie! ¡Ahora!

–Ya voy –contestó Annie, la de la nariz roja, la de la cara roja, la malhumorada. Era mujer de mal carácter, y los soldados, aquel trabajo y la ocupación no se lo habían mejorado. Pero lo que en muchos años se había interpretado como mal genio resultaba ahora ser una emoción patriótica. Al haber echado agua hirviendo sobre los soldados había adquirido cierta reputación de adalid de la libertad. Cierto que se la hubiera echado a cualquiera que se hubiese asomado a la parte trasera de la casa, pero en cualquier caso se había convertido en heroína y, como el éxito lo debía al enojo, se preparaba para otros éxitos alimentándolo y redoblándolo.

–No la roces –dijo Joseph. La mesa estaba a mitad de camino en el umbral–. Sostenla bien.

–La sostengo bien –contestó Annie.

La dejaron en el suelo y, mientras Annie cruzaba los brazos y lo

miraba, Joseph se apartó para estudiar la situación y después probó agarrando de una pata.

–No empujes, no empujes tanto. –Y consiguió meter la mesa él solo. Annie lo siguió con los brazos cruzados–. Ahora vamos a ponerla derecha –concluyó Joseph.

Annie lo ayudó a ponerla sobre las cuatro patas y llevarla al centro de la habitación.

–Ya está –exclamó Annie–. Si no me lo hubiera ordenado su excelencia, no lo habría hecho. ¿Qué derecho tiene a mover las mesas?

–¿Qué derecho tenían a venir aquí? –replicó Joseph.

–Ninguno –contestó Annie.

–Ninguno –repitió Joseph–. A mí me parece que no tienen ningún derecho, pero han venido con sus fusiles y sus paracaídas; han venido, Annie.

–No tienen derecho. Además, ¿para qué quieren aquí una mesa? Esto no es un comedor.

Joseph llevó una silla hasta la mesa, la puso donde debía estar y afinó la colocación:

–Van a celebrar un juicio. Van a juzgar a Alexander Morden.

–¿Al marido de Molly? –preguntó Annie.

–Al mismo.

–¿Por haber atravesado a ese individuo con el pico?

–Sí.

–¡Si es un hombre muy bueno! No tienen derecho a juzgarlo. El día del cumpleaños de Molly le regaló un vestido rojo. ¿Qué derecho tienen de juzgar a Alex?

–Ha matado a ese tipo.

–¿Y qué? Me han dicho que el tipo ese le estaba dando órdenes, y a Alex no le gusta que se las den. En sus días fue concejal, como su padre. Y Molly Morden hace una tarta muy buena, aunque se le endurece un poco la crema de adorno. ¿Qué le harán a Alex?

–Lo fusilarán –contestó sombríamente Joseph.

–No lo pueden fusilar.

–Trae las sillas, Annie. Sí, lo pueden fusilar, y lo fusilarán.

Annie agitó ante su cara un dedo muy tieso y replicó furiosa:

–Acuérdate de lo que te digo: a la gente no le va a gustar que le hagan daño. Tiene muchos amigos. ¿Acaso ha hecho alguna vez daño a alguien? ¡Contéstame!

–No –contestó Joseph.

–Pues ya verás. Si le hacen daño, la gente se va a poner furiosa, y yo también. No estoy dispuesta a aguantarlo.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó Joseph.

–Mataré a unos cuantos yo misma –contestó Annie.

–Y luego te fusilarán a ti –replicó Joseph.

–¡Que me fusilen! Te digo que todo tiene un límite..., en eso de entrar y salir a todas horas y de matar gente.

Joseph colocó una silla a la cabecera de la mesa, y se convirtió en cierto modo en un conspirador. Luego llamó a Annie en voz baja:

–¡Annie!

Annie guardó silencio. Había percibido algo extraño en el tono de su voz y se le acercó.

–¿Sabes guardar un secreto? –le preguntó Joseph.

Annie lo miró con un poco de admiración, porque hasta entonces Joseph no había sabido nunca ningún secreto.

–Sí, ¿qué pasa?

–William Deal y Walter Doggel se fugaron anoche.

–¿Que se han fugado? ¿Adónde?

–Se han ido a Inglaterra en un bote.

Annie suspiró de alegría y de curiosidad, satisfecha:

–¿Lo sabe ya todo el mundo?

–No, todo el mundo no –contestó Joseph–. Todo el mundo menos... –Y señaló rápidamente el techo con el pulgar.

–¿Cuándo se han ido? ¿Cómo es que yo no sabía nada?

–Estabas ocupada –replicó Joseph, y su cara adquirió una fría expresión cuando prosiguió–: ¿Conoces a Corell?

–Sí.

Joseph se le acercó.

–Me parece que no va a vivir mucho tiempo.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Annie.

–Que la gente habla.

Annie suspiró de excitación:

–¡Ah..., ahh!

Joseph tenía opiniones al fin: .

–La gente se une. No les gusta esta conquista. Van a pasar cosas. Ten los ojos abiertos, Annie. También tú vas a tener que hacer cosas.

–¿Qué hay de su excelencia? ¿Qué va a hacer? ¿En qué posición se ha puesto? –preguntó Annie.

–Nadie lo sabe. No dice nada.

–No se va a poner en contra de nosotros.

–No dice nada –replicó Joseph.

La manija de una de las puertas se dio la vuelta, y el intendente entró lentamente. Tenía cara de cansado. Parecía haber envejecido. Detrás entró el doctor Winter.

–Bien, Joseph. Gracias, Annie. Ha quedado muy bien –dijo el intendente.

Joseph volvió la cabeza en el umbral antes de cerrar la puerta cuando salió con Annie.

El intendente se acercó al fuego y se quedó de espaldas a él. El médico tomó la silla de la cabecera de la mesa y se sentó.

–No sé por cuánto tiempo podré mantener esta posición –exclamó el intendente–. Ni el pueblo ni el enemigo confían en mí. No sé si lo que hago está bien.

–Tampoco yo –replicó Winter–. Tú confías en ti mismo, ¿verdad? ¿No te asalta ninguna duda?

–¿Duda? No. Hay muchas cosas que no comprendo. –Y señaló la mesa–. No sé por qué han de celebrar aquí el juicio. Van a juzgar a Alex Morden de asesinato. ¿Te acuerdas de Alex? Su mujer es muy bonita.

–La recuerdo –replicó Winter–. Fue maestra una temporada. Sí, la recuerdo muy bien. Es tan bonita que no quería ponerse anteojos aunque los necesitaba. Bueno, el caso es que Alex ha matado a un oficial. Nadie lo pone en duda.

–Nadie lo pone en duda –contestó el intendente con amargura–. Pero ¿por qué lo juzgan? ¿Por qué no lo fusilan? No se trata de dudas ni de injusticia. En este asunto no entra ninguno de esos

conceptos. ¿Por qué han de juzgarlo... y en mi casa?

–Eso lo hacen de cara a la galería –repuso Winter–. No es ninguna tontería. Cuando se cumplen ciertas formalidades, se consiguen resultados, y a veces la gente queda satisfecha con las formalidades. Nosotros teníamos tropas (soldados con fusiles), pero no eran un ejército. Al celebrar un juicio, los invasores esperan convencer al pueblo de que en este asunto está implicada la justicia. Al fin y al cabo, Alex mató al capitán.

–Sí, ya lo comprendo –dijo el intendente.

–El pueblo espera justicia... –prosiguió el médico.

Lo interrumpió la apertura de la puerta del lado derecho, por la que entró una mujer joven, de unos treinta años y muy bonita, con los anteojos en una mano, vestida con mucha sencillez, bien arreglada y muy excitada.

–Annie me ha dicho que entre, señor intendente.

–Ha hecho usted bien –replicó el intendente–. Ah, usted es Molly Morden.

–Sí, señor intendente. Soy Molly Morden. Dicen que van a juzgar y a fusilar a Alex.

El intendente miró al suelo un momento. Molly prosiguió:

–Dicen que lo va a sentenciar usted; que serán sus palabras las que lo llevarán a la muerte.

El intendente alzó la vista, sobresaltado.

–¿Cómo? ¿Quién dice eso?

–La gente del pueblo –replicó Molly, manteniéndose muy erguida. Después añadió, medio suplicando medio afirmando–: No sería usted capaz de hacer eso, ¿verdad, señor intendente?

–¿Cómo sabe la gente lo que yo no sé? –preguntó el intendente.

–Ése es el gran misterio que ha intrigado a los gobernantes de todo el mundo: cómo se entera la gente –intervino el médico–. Según dicen, a los invasores les preocupa ahora la forma en que las noticias eluden la censura, la forma en que la verdad se filtra. Es un gran misterio.

El salón oscureció repentinamente. Molly levantó la cabeza; parecía haberse asustado:

–Es una nube –exclamó–. Dicen que va a nevar, y además es temprano.

El médico se acercó a la ventana, entornó los ojos para mirar al cielo y replicó:

–Sí, hay un nubarrón, pero es posible que pase.

El intendente encendió una lámpara que no despedía más que un pequeño círculo de luz y, apagándola otra vez, comentó:

–Una lámpara encendida de día queda muy sola.

Molly se acercó:

–Alex no es un asesino. Tiene genio vivo, pero nunca ha faltado a la ley. Es un hombre respetado.

El intendente le puso una mano en el hombro.

–Lo conozco desde su infancia. Conocí a su padre y a su abuelo. ¿Sabe usted que su abuelo fue cazador de osos?

Molly no le prestó atención.

–No sería usted capaz de sentenciarlo, ¿verdad?

–No –contestó el intendente–. ¿Cómo lo iba a poder sentenciar?

–El pueblo dice que lo sentenciará para mantener el orden.

El intendente se puso detrás de una silla a cuyo respaldo se agarró con las dos manos.

–¿Quiere el pueblo que haya orden?

–No sé. Quiere libertad.

–Bien, pero ¿saben cómo lograrla? ¿Saben qué métodos emplear contra un enemigo armado?

–No –contestó Molly–. No creo que sepan.

–Es usted una chica inteligente, Molly. Pues bien: ¿sabe usted qué métodos emplear?

–No, señor intendente, pero creo que el pueblo sabe que, si obedece dócilmente, está vencido. Y quieren demostrar que no están vencidos.

–No tienen ninguna probabilidad de ganar la pelea. La lucha contra las ametralladoras es muy desigual –replicó el médico.

–¿Me informará usted, Molly, cuando sepa qué quieren hacer? –le preguntó el intendente.

Molly le dirigió una mirada cargada de sospechas:

–... Sí.

–Quiere usted decir «no». No confía usted en mí.

–¿Qué me dice usted de Alex? –le preguntó Molly.

–Yo no lo sentenciaré. No ha cometido ningún crimen contra nuestro pueblo –replicó el intendente.

Molly titubeó:

–¿Lo van a...? ¿Lo van a matar?

El intendente la miró fijamente.

–Molly, querida Molly...

Molly adoptó una postura rígida:

–Gracias.

El intendente se acercó a ella, pero Molly le dijo en tono apagado:

–No me toque. Haga el favor de no tocarme. ¡Haga el favor de no tocarme!

El intendente dejó caer la mano. Molly se quedó un momento quieta y, volviéndose con rigidez, salió del salón.

Acababa de cerrar la puerta cuando entró Joseph.

–Perdón, señor intendente. El coronel desea verlo. Como yo sabía que estaba aquí la señora de Morden, le he dicho que estaba usted ocupado. También Madame desea verlo.

–Diga a Madame que venga –replicó el intendente.

Enseguida de salir Joseph entró Madame.

–No sé cómo se puede gobernar una casa en la que hay más gente de la que cabe. Annie está malhumorada constantemente.

–Shh... –le susurró el intendente. Madame lo miró asombrada:

–No sé...

–Shh... –repitió el intendente–. Sarah, quiero que vayas a casa de Alex Morden. ¿Comprendes? Quiero que estés junto a Molly Morden mientras te necesite. No hables; limítate a estar a su lado.

–Tengo cien cosas... –replicó Madame.

–Sarah, quiero que estés al lado de Molly Morden. No la dejes sola. Vete ahora mismo.

–Bueno. Ahora mismo voy. ¿Cuándo... habrá pasado todo?

–No lo sé –replicó el intendente–. Mandaré a Annie cuando llegue el momento.

Madame le dio un beso en la mejilla y se marchó. El intendente se acercó a la puerta:

–Joseph, puede venir el coronel.

Entró Lanser. Vestía uniforme nuevo y bien planchado, con un puñalito ornamental en el cinturón.

–Buenos días, señor intendente. Quisiera hablar con usted extraoficialmente. –Y mirando a Winter, añadió–: Pero a solas.

Winter se acercó lentamente a la puerta, pero, antes de que saliera el intendente, lo llamó:

–¡Doctor!

El médico se volvió:

–¿Qué?

–¿Vendrá esta noche?

–¿Tendrá trabajo para mí? –preguntó el médico.

–No..., no. Es que no quiero estar solo.

–Bueno, vendré entonces –replicó el médico.

–¿Le ha parecido que Molly tenía buena cara?

–No la he visto mal. Está en un estado un poco histérico, pero es fuerte. Es fuerte; hay raza. No olvide que es una Kenderley.

–Lo había olvidado –replicó el intendente–. Es verdad que es una Kenderley.

El médico se fue, cerrando la puerta con suavidad.

Lanser había estado esperando cortésmente y vio cómo se cerraba. Después miró la mesa y las sillas.

–No necesito decir cuánto siento todo esto. Ojalá no hubiera sucedido. –El intendente hizo una inclinación de cabeza. Lanser prosiguió–: Le tengo simpatía y lo respeto, señor intendente, pero espero que comprenda que tengo que cumplir con mi deber.

El intendente lo miró fijamente a los ojos sin replicar. Lanser prosiguió:

–No obramos basándonos únicamente en nuestro propio juicio…

Aunque entre párrafo y párrafo esperaba una réplica, la réplica no llegaba.

–Tenemos que aplicar unas reglas, unas reglas dictadas en la capital. Ese hombre ha matado a un oficial.

–¿Por qué no lo han fusilado? Aquél era el momento oportuno –replicó al fin el intendente.

Lanser negó con la cabeza:

–Aunque estuviera de acuerdo con usted, el resultado sería el mismo. Usted sabe tan bien como yo que el principal propósito del castigo consiste en contener al criminal en potencia. Por eso, ya que el castigo es más para otros que para el castigado, hay que darle publicidad. Incluso hay que dramatizarlo. –Y poniendo un dedo detrás del cinturón hizo que el puñalito bailara.

El intendente se alejó y miró al cielo oscuro a través de la ventana.

–Esta noche va a nevar.

–Señor intendente, usted sabe que nuestras órdenes son inexorables. Tenemos que extraer carbón. Si su gente no mantiene el orden, tendremos que imponerlo a la fuerza –replicó el coronel, cuya voz iba adquiriendo dureza–. Si es necesario, fusilaremos. Si quiere usted evitar sufrimientos a su gente, tiene que ayudamos a mantener el orden. Ahora bien: mi gobierno entiende que lo discreto es que el castigo emane de la autoridad local. Ese principio contribuye a mejorar el orden.

–Ah, el pueblo lo sabía. ¡Qué misterio! –masculló entre dientes el intendente, añadiendo luego en voz alta–: ¿Desean ustedes que condene a muerte a Alexander Morden después de juzgarlo aquí?

–Sí. La condena evitará que se derrame más sangre.

El intendente se acercó a la mesa, retiró la gran silla de la cabecera y se sentó. De pronto parecía ser el juez, y Lanser el acusado. Después tamborileó con los dedos en la mesa.

–Ni ustedes ni su Gobierno comprenden nada. Su Gobierno y su pueblo son los únicos del mundo que registran derrota tras derrota durante siglos, y la causa constante es que no comprenden ustedes al pueblo. –Hizo una pausa–. Esa regla que usted me dicta no se puede cumplir. En primer lugar, yo soy el intendente. No tengo facultades para condenar a muerte. En el pueblo no hay nadie que la tenga. Si yo dictara una sentencia de muerte, violaría la ley tanto como ustedes.

–¿Que nosotros hemos violado la ley? –replicó Lanser.

–Al entrar en el pueblo han matado a seis hombres. Conforme a nuestras leyes, todos ustedes son culpables de asesinato. ¿Por qué se empeña tontamente en hablar de leyes, coronel? Entre ustedes y nosotros no hay leyes. Esto es la guerra. ¿No sabe usted que tendrán que matamos a todos para que con el tiempo no les matemos nosotros? Al entrar en el pueblo, han destruido ustedes las leyes, y en su lugar funcionan otras. ¿No lo sabe usted?

–¿Puedo sentarme? –preguntó el coronel.

–¿Por qué me lo pregunta? Esa pregunta es otra mentira. Si usted quiere, puede dejarme a mí de pie.

–No. Lo crea usted o no, lo respeto personalmente y respeto su cargo –replicó el coronel llevándose momentáneamente una mano a la frente–. Lo que piense yo, hombre de cierta edad y que tiene ciertos recuerdos, carece de importancia, señor intendente. Aunque estuviera de acuerdo con usted, las cosas no cambiarían. Mi labor militar y política tiene ciertas tendencias y prácticas inalterables.

–Y desde el comienzo del mundo ha quedado demostrado que esas tendencias y esas prácticas eran equivocadas en todos los casos –repuso el intendente.

Lanser profirió una risa amarga.

–Yo, hombre que posee ciertos recuerdos, podría estar de acuerdo con usted; podría incluso añadir que una de las tendencias del espíritu y de la mentalidad militar consiste en la incapacidad para aprender, en la incapacidad para ver más allá del matar que constituye nuestra labor. Pero no soy hombre que se abandone a los recuerdos. Al minero hay que fusilarlo en público, porque la teoría es que así otros se abstendrán de matar.

–Entonces no tenemos nada más de lo que hablar.

–Sí, tenemos que hablar. Queremos que usted nos ayude.

El intendente se quedó callado un momento y luego repuso:

–Le diré lo que voy a hacer. ¿Cuántos eran los hombres que manejaban las ametralladoras que mataron a nuestros soldados?

–No creo que fueran más de veinte –contestó el coronel.

–Muy bien. Si ustedes los fusilan, yo condeno a muerte a Morden.

–¡No lo dirá usted en serio!

–Completamente en serio.

–Usted sabe que eso no se puede hacer.

–Sí. Pero tampoco se puede hacer lo que usted pide.

–Me lo figuraba. Al final, habrá que nombrar intendente a Corell –exclamó el coronel, levantando la vista con un movimiento rápido–: ¿Se quedará usted para el juicio?

–Sí, me quedaré. Así Alex no se sentirá tan solo.

Lanser lo miró y sonrió un poco tristemente.

–Qué labor nos ha tocado, ¿eh?

–Sí –replicó el intendente–. La única que no se puede realizar.

–¿Cuál es?

–Quebrantar para siempre la moral del hombre –contestó el intendente; e, inclinando un poco la cabeza hacia la mesa, añadió sin mirar–: Ha empezado a nevar. No ha esperado a que llegara la noche. Me gusta el dulce y frío olor de la nieve.

CAPÍTULO IV

A las once nevaba copiosamente, a grandes copos, y no se veía el cielo. La gente se apresuraba a través de la nevada. Se amontonaba la nieve en los quicios de las puertas, sobre la estatua de la plaza y en las vías que iban de la mina al puerto. Resbalaban los carritos de mano. Sobre el pueblo se cernía una oscuridad más densa que la de la noche, y se cernían también una callada tristeza y un odio creciente. La gente no se detenía mucho en la calle, sino que entraba en las casas y las puertas se cerraban, y parecía que desde detrás de las ventanas atisbaban unos ojos y, cuando pasaban unos soldados o la patrulla recorría la calle principal, sobre ellos se posaban unas miradas duras y sombrías. Los vecinos iban a los almacenes a comprar cosas para comer; pagaban y se marchaban sin dar los buenos días al vendedor.

Las luces encendidas en el salón del palacete de la municipalidad brillaban sobre la nieve que caía fuera. Se estaba celebrando el consejo de guerra. A la cabecera de la mesa estaba Lanser. A su derecha se sentaban Hunter y Tonder, y, en el otro extremo, el capitán Loft, que tenía unos papeles delante. A su izquierda estaban el intendente y Prackle, que garrapateaba en un bloc de papel. Los dos soldados –bayoneta calada, casco de acero– parecían dos imágenes de madera. Entre ellos se situaba Alex Morden, joven de complexión recia, frente estrecha, ojos hundidos y nariz larga y afilada. Fuerte el mentón, grande y sensual la boca, era ancho de espaldas y estrecho de caderas, y hacía constantemente ruido con las esposas que le sujetaban las manos. Vestía pantalón oscuro, camisa azul, abierta en el cuello, y chaqueta también oscura, abrillantada por el uso.

El capitán Loft leyó:

–«Cuando se le ordenó que se pusiera de nuevo a trabajar, se negó y, al repetírsele la orden, atacó al capitán Loft con el pico. El capitán Bentick se interpuso...».

El intendente tosió y, cuando Loft interrumpió la lectura, dijo:

–Siéntese, Alex. Tráiganle una silla uno de ustedes, soldados.

Uno de los soldados que custodiaba a Alex le acercó una silla sin titubear.

–La costumbre es que el acusado esté de pie –replicó Loft.

–Deje que se siente –repuso el intendente–. No lo sabrá nadie más que nosotros. En el informe puede usted decir que ha permanecido de pie.

–No es costumbre decir falsedades en los informes –añadió Loft.

–Siéntese, Alex –repitió el intendente.

El corpulento Alex se sentó. Sus esposadas manos descansaron en las piernas.

–Esto es contrario a... –empezó a decir Loft.

–Deje que se siente –lo interrumpió el coronel.

Loft carraspeó antes de continuar la lectura:

–«El capitán Bentick se interpuso y recibió en la cabeza un golpe que le partió el cráneo». Hay un informe médico. ¿Quieren ustedes que lo lea?

–No hay necesidad –contestó Lanser–. Termine lo antes posible.

–«Estos hechos han sido presenciados por varios de nuestros soldados, y en el sumario figuran sus declaraciones. El consejo de guerra resuelve que el acusado es culpable de asesinato y lo condena a la pena de muerte». ¿Quieren que lea las declaraciones de los soldados?

Lanser suspiró:

–No. –Y, dirigiéndose a Alex, preguntó–: No niega usted haber matado al capitán, ¿verdad?

Alex sonrió con tristeza.

–Yo lo golpeé. No sé si lo he matado.

–Bien dicho –replicó el intendente, y los dos hombres se miraron como amigos.

–¿Quiere usted decir que lo ha matado algún otro? –preguntó Lanser.

–No sé –contestó Alex–. Yo le di un golpe, y después me dieron otro a mí.

–¿Quiere usted manifestar algo? No creo que lo que diga influya en la sentencia, pero lo escucharemos.

–Me permito indicar con todo respeto que el coronel no debiera haber dicho eso, que parece una indicación de que el consejo no es imparcial –interrumpió el capitán Loft.

El intendente soltó una risita. El coronel lo miró y sonrió.

–¿Tiene usted algo que manifestar? –preguntó a Alex.

Alex levantó una mano para iniciar un ademán, y la otra lo acompañó. Estaba turbado. Poco después bajaba otra vez las manos.

–Me cegué. Soy hombre de bastante mal genio. El oficial me dijo que debía trabajar. Como soy un hombre libre, me cegué y lo golpeé. Creo que le di un golpe fuerte, pero me equivoqué de persona. –Y señalando a Loft, añadió–: El hombre a quien quería golpear era a ése.

–No importa quién fuera el hombre a quien quiso golpear –replicó Lanser–. El hecho hubiera sido el mismo. ¿Siente usted haber hecho lo que hizo? –añadió, moviéndose para quedar de costado a la mesa–. Quedaría bien en el sumario.

–¿Si lo siento? –preguntó Alex–. No, no lo siento. ¡Decirme a mí, a un hombre libre, a un hombre que ha sido concejal, que tenía que trabajar!

–¿Lo sentirá usted si la pena es de muerte?

Alex bajó la cabeza e intentó pensar.

–No. Lo que me pregunta es si lo volvería a hacer, ¿verdad?

–Eso es.

–No, creo que no lo siento –contestó Alex meditabundo.

–Escriba usted que el acusado está abrumado por el remordimiento –replicó Lanser–. La sentencia es automática, ¿comprende? –dijo a Alex–. El consejo no tiene otra salida; le declara culpable y lo condena a ser fusilado inmediatamente. No veo ninguna razón para seguir torturándolo. Capitán Loft, ¿he olvidado algo?

El intendente se puso en pie, empujó la silla y se acercó a Alex:

–Me ha olvidado a mí.

Por la fuerza de la costumbre, Alex se puso de pie respetuosamente.

–Alexander, yo soy el intendente elegido por el pueblo.

–Ya lo sé, señor intendente –contestó Alex.

–Alex, estos hombres son invasores. Se han apoderado de nuestro país por sorpresa, a traición y por la fuerza.

–Mi coronel, eso no se debería permitir –exclamó el capitán Loft.

–Shh... –replicó el coronel–. Es preferible oírlo. ¿Hubiera preferido usted que se lo susurrara al oído?

El intendente continuó como si no lo hubieran interrumpido:

–Cuando llegaron, el pueblo quedó confundido, y yo también. No sabíamos qué hacer ni qué pensar. El primer acto claro fue el suyo. Su cólera personal es el comienzo de la cólera pública. Ya sé que en el pueblo se dice que estoy colaborando con estos hombres. Yo podría demostrar al pueblo que..., pero usted va a morir, y quiero que sepa la verdad.

Alex bajó la cabeza, pero enseguida volvió a levantarla.

–Ya sé cuál es, señor intendente.

–¿Está listo el pelotón? –preguntó Lanser.

–Sí, mi coronel. Ahí fuera.

–¿Quién lo va a mandar?

–El teniente Tonder, mi coronel.

Tonder levantó la cabeza, apretó los dientes y contuvo el aliento.

–¿Tiene usted miedo, Alex?

–Sí, señor intendente –contestó Alex.

–No le puedo decir que no lo tenga. Yo también lo tendría, y también lo tendrían estos jóvenes... dioses de la guerra.

–Tome el mando del pelotón –ordenó el coronel a Tonder. Éste se levantó rápidamente y se acercó a la puerta.

–Ahí está.

A través de la puerta abierta de par en par se veía a los soldados con sus cascos.

–Alex, váyase sabiendo que estos hombres no conocerán un solo día de tranquilidad hasta que se hayan ido, o hayan muerto –le dijo el intendente–. Usted unirá al pueblo. Es una triste idea y sirve de poco consuelo, pero así es. No conocerán un solo día de tranquilidad.

Alex cerró los ojos con fuerza. El intendente se acercó y le dio un beso en la mejilla.

–Adiós, Alex.

Los soldados que custodiaban a Alex lo agarraron y lo condujeron hacia la puerta. Alex caminaba con los ojos cerrados. El pelotón de soldados dio media vuelta y se alejó de la casa. La nieve ponía sordina en sus pasos.

Los hombres sentados alrededor de la mesa permanecieron en silencio. Al mirar por la ventana, el intendente vio que unas manos ágiles limpiaban de nieve un círculo; lo contempló fascinado y desvió la mirada con un movimiento rápido.

–Supongo que saben ustedes lo que están haciendo –dijo al coronel.

El capitán Loft recogió sus papeles.

–¿En la plaza, capitán? –le preguntó el coronel.

–Sí, en la plaza. Hay que hacerlo en público –contestó el capitán.

–Supongo que lo saben ustedes –repitió el intendente.

–Mire usted: lo sepamos o no, hay que hacerlo –replicó Lanser.

En el salón se hizo el silencio. Todos prestaban atención. No esperaron mucho. Se oyó a lo lejos una descarga. Lanser lanzó un profundo suspiro. El intendente se llevó una mano a la frente y llenó de aire los pulmones. En esto se oyó un tiro suelto y el cristal de la ventana saltó hacia dentro hecho añicos. El teniente Prackle se tambaleó y se llevó una mano al hombro.

Lanser se incorporó de un salto.

–¡Ya empieza! ¿Está usted malherido, teniente?

–Me han dado en el hombro –contestó Prackle.

Lanser se puso a dictar órdenes:

–Capitán Loft, en la nieve habrá huellas. Quiero que se haga un registro por todas las casas. Todo el que tenga un arma quedará como rehén. Usted, señor intendente, queda bajo custodia de protección. Y haga el favor de comprender lo que le voy a decir: por cada uno de los nuestros que caiga, fusilaremos a cinco, diez o cien de los suyos.

–¡El hombre que tenía ciertos recuerdos! –exclamó suavemente el intendente.

Lanser interrumpió la orden que estaba dando y posó la mirada en el intendente.

–¡El hombre que no tiene recuerdos! –Hubo un momento en que se comprendieron mutuamente, pero Lanser añadió–: Quiero que se recojan todas las armas del pueblo. Traigan a todo el que se resista. Pronto; antes de que desaparezcan las huellas.

Los oficiales se pusieron el casco, desenfundaron las pistolas y salieron. El intendente se acercó a la ventana y exclamó:

–El dulce y frío olor de la nieve.

CAPÍTULO V

Transcurrieron lentamente los días y las semanas; transcurrieron lentamente los meses. La nieve cayó y se fundió, y volvió a caer y a fundirse hasta que finalmente cuajó. Las oscuras casas del pueblo tenían capuchitas, sombreros y cejas blancas. A ambos lados de los zaguanes había trincheras de nieve. Las gabarras llegaban vacías al puerto y se iban cargadas, pero el carbón no se extraía con facilidad. Los buenos mineros cometían equivocaciones, se mostraban torpes y lentos. La maquinaria se estropeaba y se tardaba bastante tiempo en repararla. Los habitantes del país conquistado preparaban una lenta y silenciosa venganza. Los traidores que habían ayudado a los invasores –muchos de los cuales creían que el país y la vida mejorarían– empezaban a ver que la autoridad que ejercían era insegura; que el pueblo que habían conocido los miraba fríamente y no les dirigía la palabra.

En el aire acechaba la muerte. En el ferrocarril, que corría pegado a las montañas y unía al pueblo con el resto de la nación, ocurrían accidentes. Separaban las vías; caían sobre ellas avalanchas de nieve. Ningún tren podía circular sin que se inspeccionara previamente la vía. De vez en cuando se fugaba a Inglaterra un grupo de jóvenes. Los ingleses bombardearon la mina de carbón, causaron perjuicios y mataron a unos cuantos amigos y a unos cuantos enemigos, pero la cosa no cambió. Un odio frío, silencioso, sombrío y acechante fue en aumento a medida que transcurría el invierno. El suministro de los víveres estaba regulado –se les proporcionaba a los respetuosos y se les negaba a los irrespetuosos–, a fin de imponer obediencia a toda la población. Pero las reglas tenían sus límites, porque un hombre hambriento no puede extraer carbón, ni levantar cargas, ni transportarlas. En las miradas de la gente del pueblo se veía un odio profundo.

El que estaba cercado ahora era el conquistador; los hombres del batallón, que se encontraban rodeados de enemigos y no se atrevían a descuidarse ni un momento. El soldado que se descuidaba desaparecía y quedaba sepultado en un montón de nieve. Si iba solo

en busca de mujer, desaparecía y quedaba sepultado en un montón de nieve. Si bebía, desaparecía. No podían cantar sino en coro, no podían bailar sino uno con otro, y poco a poco dejaron de bailar, y las canciones expresaron la nostalgia de su país. No hablaban sino de amigos y de parientes a los que querían, y soñaban con el afecto y con la amistad, porque un hombre no puede ser soldado sino unas cuantas horas al día y durante unos cuantos meses del año, y el resto quiere volver a ser hombre, y tener chicas, y tragos, y música, y carcajadas, y tranquilidad; y cuando no los encuentra, los desea con un ansia irresistible.

Pensaban constantemente en sus hogares. Habían acabado por detestar el país conquistado y hablaban secamente a la gente del pueblo, y la gente del pueblo les contestaba con la misma sequedad. Gradualmente habían empezado a tener miedo, miedo de que aquello no terminara nunca y de que jamás lograran vivir en tranquilidad ni volver a su país; miedo de que un día se hundieran ellos y los persiguieran por los montes como a conejos, pues el odio de los conquistados no disminuía. Al ver luces, al oír carcajadas, las patrullas se acercaban como si se acercaran a un hogar, pero instantáneamente cesaban las risas y se extinguía el calor, y la gente del pueblo se mostraba fría y obediente. Los soldados que entraban en los restaurantes cuando olían a comida caliente se encontraban con que tenía demasiada sal o demasiada pimienta.

Cuando leían noticias de su país y de otros países conquistados, veían que eran siempre buenas y creían en ellas durante algún tiempo, pero acababan por no creer. Cada soldado llevaba el terror en su corazón. «Si nuestro país se hunde, no nos lo dirán, y lo sabremos demasiado tarde. Esta gente no tendrá contemplaciones. Nos matarán a todos.» Recordaban cosas que habían oído de la retirada de Bélgica y de la retirada de Rusia. Los más leídos recordaban la angustiosa y trágica retirada de Moscú, cuando las horquillas de los campesinos se teñían de sangre y la nieve se pudría con los cadáveres.

Sabían que lo mismo sucedería en cuanto se hundieran, o se descuidaran, o durmieran demasiado, y sus sueños eran intranquilos mientras que de día no podían dominar el nerviosismo. Hacían preguntas que los oficiales no podían contestar, porque ignoraban la

respuesta, y tampoco a ellos se les daba. Además, tampoco los oficiales creían en la información que recibían de su país.

Resultó, pues, que los conquistadores iban teniendo miedo a los conquistados y que el estado de sus nervios les llevaba a disparar contra las sombras cuando se hacía de noche. Los acompañaba siempre un frío y sombrío silencio. En una semana se volvieron locos tres hombres, y hasta que los mandaron de vuelta a su país se oyeron de día y de noche sus llantos y sus quejidos. Es posible que de no haber sido por el miedo a la muerte piadosa que les esperaba a los locos en su país hubiesen enloquecido otros, pero la idea de la eutanasia es terrible. El miedo se infiltraba en las casas donde estaban alojados y las convertía en tristes, y se cernía sobre las patrullas y las hacía crueles.

Dobló el año y las noches se alargaron. Oscurecía a las tres de la tarde y no volvía la luz hasta las nueve de la mañana. Como durante los bombardeos, imponían la más completa oscuridad, no brillaban alegremente en la nieve las luces de las casas. Pero cuando aparecían los aviones de bombardeo ingleses se veía siempre alguna luz en la mina de carbón. Los disparos de los centinelas no resolvieron nada, aunque derribaron a más de un hombre que sostenía un farol, y una vez murió una chica que había encendido una lámpara eléctrica.

Los oficiales eran reflejo de sus hombres. Se dominaban más porque su adiestramiento había sido más completo; eran hombres de mayores recursos porque tenían más responsabilidad, pero también los había atrapado el mismo miedo y en su corazón sentían las mismas nostalgias. Vivían bajo el peso de una doble preocupación. El pueblo conquistado quería sorprenderlos cometiendo equivocaciones; sus hombres querían sorprenderlos en momentos de debilidad. Vivían en una tensión próxima al estallido. Los conquistadores se sentían apresados en un terrible cerco moral, y tanto los conquistadores como los conquistados sabían lo que iba a suceder en cuanto hubiera el menor resquebrajamiento.

El piso alto del palacio de la municipalidad había dejado de ser confortable. Sirviéndose de chinchetas, habían fijado papel negro en las ventanas. Aquí y allí había montoncitos de objetos preciosos: instrumentos y equipos que no debían correr peligro, prismáticos,

máscaras y cascos. Como si los oficiales comprendieran que en alguna parte tenía que existir el descanso para que la maquinaria no estallara, la disciplina era allí más laxa. Sobre la mesa había dos linternas de petróleo que proyectaban una luz dura y brillante y trazaban grandes sombras en las paredes. En el silencio se oía su siseo.

El mayor Hunter seguía trabajando. Su tablero permanecía siempre montado, porque las bombas le estropeaban la obra en cuanto la terminaba. No le importaba mucho, pues para él la vida consistía en construir y tenía entre manos muchas más construcciones de las que podía proyectar o terminar. Sentado ante el tablero, con una luz detrás, la escuadra se movía de un lado para otro y el lápiz se afanaba trazando líneas.

Con el brazo en cabestrillo, el teniente Prackle estaba sentado en la mesa del centro leyendo una revista ilustrada. Agarrando la pluma desde muy arriba y mirando de vez en cuando al techo para encontrar palabras, el teniente Tonder escribía una carta en el otro extremo de la mesa.

–Si cierro los ojos, veo una a una las tiendas de esta calle –dijo Prackle al pasar una hoja de la revista.

Hunter siguió trabajando. Tonder escribió unas cuantas palabras más.

–Detrás hay un restaurante que no se ve en esa fotografía. Se llama Burden –prosiguió Prackle.

–Lo conozco. Servían muy buenas almejas –replicó Hunter sin levantar la cabeza.

–¡Ya lo creo! –repuso Prackle–. Todo lo que servían era bueno. No había nada malo. Y el café...

Tonder levantó la cabeza.

–Ahora no sirven ni café ni almejas.

–Hombre, no sé. Antes servían las dos cosas, y ya volverán a servirlas –replicó Prackle–. Además, había una camarera... –Y trazó

unas curvas en el aire. Después dirigió la mirada a la revista–. Era rubia y buena moza. Tenía, quiero decir, tiene unos ojos raros…, como empañados, como si acabara de reír o de llorar. –Y mirando al techo, continuó en voz baja–: Un día salí con ella. Era encantadora. ¿Por qué no habré vuelto más a menudo? ¿Estará todavía allí?

–Probablemente, no. Es posible que esté trabajando en alguna fábrica –replicó Tonder con melancolía.

Prackle se echó a reír.

–Espero que en nuestro país no hayan racionado las mujeres.

–¿Por qué no? –exclamó Tonder.

–A ti no te interesan mucho las chicas, ¿verdad? No me lo parece –le contestó Prackle en tono de broma.

–Me gustan para lo que sirven. No les permito que intervengan en mi otra vida.

–Lo que me parece es que te obsesionan constantemente –replicó Prackle, burlón.

Tonder cambió de conversación:

–Estas malditas linternas me fastidian. ¿Cuándo instalaremos la dinamo, comandante?

–Ya debería estar montada –replicó Hunter–. Cuento con buenos operarios. Habrá que redoblar la guardia.

–¿Atrapó usted al individuo que la destrozó? –preguntó Prackle.

–Puede ser cualquiera de los cinco que tengo detenidos –contestó sombríamente Hunter. Después añadió, meditabundo–: ¡Es tan fácil destrozar una dinamo cuando se sabe cómo! Con establecer un contacto, se destroza sola. De un momento a otro deberíamos tener luz.

Prackle seguía mirando la revista.

–¿Cuándo nos van a relevar? ¿Cuándo vamos a poder volver a casa a pasar una temporada? ¿No le gustaría ir y tener un descanso, comandante?

Hunter levantó la cabeza y se quedó un momento sin saber qué decir, pero recobró enseguida el dominio de sí mismo.

–¡Ya lo creo! Es ya la cuarta vez que construyo este trozo. No sé cuál es la razón de que en esa desviación cae siempre una bomba. Me estoy cansando de repararlo. A causa de los cráteres, tengo que cambiar de ruta cada vez. No hay tiempo para rellenarlos; la tierra helada está demasiado dura y da un trabajo tremendo.

De pronto se encendió la luz eléctrica, y Tonder se levantó automáticamente para apagar las linternas. Cesó el siseo.

–Gracias a Dios que tenemos luz –exclamó Tonder–. Ese siseo me estaba poniendo nervioso. Me daba la impresión de que era gente que bisbiseaba. –Y, doblando la carta que había estado escribiendo, añadió–: Es raro que no lleguen más cartas. En dos semanas no he recibido más que una.

–A lo mejor no le escribe nadie –le contestó Prackle.

–Es posible –repuso Tonder–, pero, dígame, mi comandante: ¿cree usted que si pasa algo allí..., es decir, algo malo, si muere alguien, o cosa parecida, nos lo dirán?

–No lo sé –contestó Hunter.

–Tengo muchas ganas de salir de este maldito agujero –prosiguió Tonder.

Prackle lo interrumpió:

–Yo creía que querrías quedarte a vivir aquí después de la guerra. –E, imitando la voz de Tonder, añadió–: Se juntan cuatro o cinco granjas y se arregla uno una especie de casa solariega. ¿No era eso? ¿No ibas a ser una especie de señor del valle? Ibas a tener unas hermosas praderas y a estar rodeado de gente agradable y simpática, de ciervos y de niños. ¿No era así, Tonder?

Tonder había dejado caer los brazos mientras Prackle hablaba, pero de pronto se llevó las manos a las sienes y habló con emoción:

–¡Calla! No digas esas cosas. ¡Qué gente, qué gente más horrible! No le miran a uno a la cara. –Y se estremeció–. Contestan como si estuvieran muertos. Se limitan a obedecer. Las chicas son de hielo.

Se oyó una llamada a la puerta, entró Joseph con una carbonera y, con sigilo, la dejó sin hacer ruido y se volvió hacia la puerta sin mirar a nadie. Prackle lo llamó:

–¡Joseph!

Joseph se volvió y, sin replicar, sin levantar los ojos, hizo una leve inclinación de cabeza.

–¿Hay vino o coñac en la casa? –le preguntó Prackle en el mismo tono imperioso. Joseph negó con la cabeza.

Tonder se levantó indignado, furioso, y le gritó:

–Contesta, cerdo. Contesta con palabras.

–No, señor; no hay vino –contestó Joseph en un tono apagado y sin levantar la mirada.

–¿Tampoco coñac? –le preguntó Tonder con la misma furia.

–Tampoco coñac, señor –dijo Joseph en el mismo tono apagado y con la mirada baja. Pero, como se quedó quieto, Tonder le gritó:

–¿Qué quieres?

–Marcharme, señor.

–Entonces, ¡vete, maldito!

Joseph se volvió y salió en silencio. Tonder sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la cara. Hunter lo miró:

–No hay que darse por vencido con tanta facilidad.

Tonder se sentó en la silla, se llevó las manos a las sienes y dijo con

voz entrecortada:

–Quiero una chica. Quiero ir a casa. Quiero una chica. En el pueblo hay una bonita, y la veo constantemente. Es rubia. Vive al lado de la ferretería. Quiero a esa chica.

–Cuidado. Cuidado. Cuidado con los nervios –le dijo Prackle.

Entonces se apagaron las luces y la habitación quedó a oscuras. Mientras raspaban fósforos e intentaban encender las linternas, Hunter decía:

–Creía tenerlos a todos, pero se me ha debido de escapar alguno. No puedo pasarme la vida yendo allí. Tengo gente de confianza.

Tonder consiguió encender una de las linternas y luego encendió la otra. Hunter le habló con severidad:

–Teniente, si necesita usted hablar, hable con nosotros. Pero que no le oiga el enemigo decir esas cosas. Nada les gustaría tanto como saber que está usted perdiendo el temple. Que no le oigan decir esas cosas.

Tonder se sentó de nuevo. El siseo de las lámparas llenó la habitación. La luz era brillante.

–¡Eso es! Enemigos por todas partes. Todo hombre, toda mujer, hasta todo niño es un enemigo. ¡Enemigos por todas partes! Sus caras nos miran desde los quicios de las puertas, atisban por detrás de las cortinas, escuchan. Los hemos vencido, hemos ganado en todas partes, y ellos esperan y obedecen, pero sobre todo esperan. Medio mundo es nuestro. ¿Es igual en otras partes, mi comandante?

–No lo sé –contestó Hunter.

–Eso es –repuso Tonder–. No lo sabemos. Según la información oficial, lo tenemos todo en nuestras manos, y los países conquistados vitorean a nuestros soldados, vitorean el nuevo orden. –Y su voz cambió para seguir en tono más suave–: ¿Qué dice la información sobre nosotros? ¿Dice que nos vitorean, que nos quieren, que nos echan flores? Ah, esa gente horrible que espera en la nieve.

–¿Se siente mejor, ahora que se ha desahogado? –le preguntó Hunter.

Prackle había estado tamborileando en la mesa con los dedos de la mano libre.

–No debería hablar así. Esas cosas hay que guardárselas. ¿No es un soldado? Pues pórtese como un soldado.

Se abrió la puerta silenciosamente y entró el capitán Loft. Traía nieve en el casco y en los hombros. Tenía la nariz roja y el cuello del capote lo llevaba subido hasta las orejas.

–¡Qué faena! –exclamó después de quitarse el casco y de sacudirse la nieve de los hombros.

–¿Más disgustos? –le preguntó Hunter.

–Siempre disgustos. Ya he visto que su dinamo ha vuelto a funcionar. Yo he arreglado la cuestión de la mina para una temporada.

–¿Qué le ha pasado?

–Lo de siempre... Lentitud y una vagoneta rota. Pero he visto quién la ha roto y le he pegado un tiro. Creo que he encontrado la solución, mi comandante. Se me acaba de ocurrir. Voy a fijar la cantidad de carbón que tiene que extraer cada hombre. No los puedo tener hambrientos, porque no podrían trabajar, pero creo que he encontrado la solución. Si no sacan carbón, no hay comida para las familias. Haré que los hombres se alimenten en la mina para que las familias no participen de su comida. Con eso debería quedar todo arreglado. O trabajan, o sus hijos no comen. Se lo acabo de decir.

–¿Qué han contestado?

Loft entornó los ojos en un gesto duro.

–¿Contestar? ¿Contestan algo alguna vez? Nada. Absolutamente nada. Pero ya veremos si ahora sale el carbón o no.

Y, quitándose el capote, lo sacudió, pero al ver que la puerta estaba entreabierta avanzó hacia ella en silencio, la abrió bruscamente y la volvió a cerrar.

–Creía que la había cerrado bien.

–Y la había cerrado usted bien –replicó Hunter.

Prackle pasó unas cuantas hojas de la revista ilustrada y habló en tono normal:

–Son monstruosos esos cañones que empleamos en Oriente. No he visto nunca ninguno. ¿Y usted, mi capitán?

–Sí. Los he visto funcionando. Son admirables. No hay nada que se les resista.

–¿Tiene usted muchas noticias de casa, mi capitán? –le preguntó Tonder.

–Bastantes.

–¿Todo va bien?

–Estupendamente. Nuestras tropas avanzan por todas partes.

–¿No hemos derrotado a los ingleses todavía?

–Los hemos derrotado en todas las batallas.

–Pero ¿siguen luchando?

–No son más que incursiones aéreas.

–¿Y los rusos?

–Eso se ha acabado.

–Pero ¿no siguen luchando? –insistió Tonder.

–Hay alguna que otra escaramuza.

–Entonces, casi hemos ganado, ¿verdad?

–Sí, hemos ganado.

Tonder lo miró fijamente y exclamó:

–Usted lo cree así, ¿verdad, mi capitán?

–No hay que dejarle empezar de nuevo –interrumpió Prackle.

Loft frunció el ceño.

–No sé a qué se refiere usted.

–A lo siguiente –replicó Tonder–. Antes de mucho volveremos a casa, ¿verdad?

–La organización nos llevará algún tiempo –repuso Hunter–. El nuevo orden no puede empezar a funcionar en un día.

–¿Tendremos que quedamos aquí toda la vida? –preguntó Tonder.

–No hay que dejarle empezar de nuevo –volvió a interrumpir Prackle.

Loft se acercó a Tonder.

–Teniente, no me gusta el tono de sus preguntas. No me gusta ese tono de duda.

Hunter alzó la mirada.

–No sea duro con él, Loft. Está cansado. Todos estamos cansados.

–También yo estoy cansado –replicó Loft–, pero no dejo que me asalten dudas traidoras.

–Le pido a usted que no lo atormente. ¿Sabe usted dónde está el coronel?

–Redactando el informe. Pide refuerzos. Esta labor es más difícil de lo que creíamos.

–¿Los conseguirá? –preguntó, muy excitado, Prackle.

–¡Qué sé yo!

Tonder sonrió y dijo con suavidad:

–¡Refuerzos! Quizá sean relevos. Quizá podamos ir a pasar una temporada a casa. –Y añadió, sonriendo–: Me gustaría ir por la calle y oír decir: «Hola» y «Ahí va un soldado», y ver que se alegran de mi regreso. Podría ver a los amigos y volverme de espaldas a la gente sin sentir miedo.

–No empiece –dijo Prackle–. ¡Que no se excite otra vez!

–Tenemos bastantes problemas sin que nuestros oficiales se vuelvan locos –replicó Loft, enojado.

Pero Tonder prosiguió:

–¿Cree usted que vendrán relevos, mi capitán?

–No he dicho eso.

–Pero ha dicho que tal vez vengan.

–He dicho que no lo sabía. Mire, teniente, hemos conquistado ya medio mundo y tenemos que hacer de policías una temporada. Ya lo sabe usted.

–¿Y el otro medio? –preguntó Tonder.

–Seguirá luchando a la desesperada durante cierto tiempo –contestó Loft.

–Entonces tenemos que extendernos por todas partes.

–Durante algún tiempo –replicó Loft.

–Ojalá le hiciera usted callar. Ojalá le hiciera usted callar. Dígale que se calle –exclamó Prackle.

Tonder sacó un pañuelo, se sonó, se rio turbado y habló como un hombre que ha perdido la cabeza.

–He tenido un sueño raro. Bueno, supongo que ha sido un sueño. Es

posible que haya sido un pensamiento. Ha sido un pensamiento, o un sueño.

–Dígale que se calle, mi capitán –gritó Prackle.

–¿Hemos conquistado este pueblo, mi capitán? –preguntó Tonder.

–Claro que sí –contestó Loft.

En la risa de Tonder sonó un timbre histérico.

–Lo hemos conquistado y tenemos miedo; somos los conquistadores y estamos cercados. –Y soltó una estridente carcajada–. He soñado, o he pensado, que estaba entre la nieve y que en los quicios de las puertas había unas sombras negras, y que por detrás de las cortinas atisbaban unas caras serias. He tenido un sueño, o un pensamiento.

–Dígale que se calle –interrumpió de nuevo Prackle.

–He soñado que el Führer estaba loco.

Loft y Hunter se echaron a reír, y Loft dijo:

–Ya ha visto el enemigo lo loco que está. Tendré que contar ese sueño. Nuestros diarios publicarían muy complacidos eso de que el enemigo se ha enterado de que el Führer está completamente loco.

Tonder seguía riéndose.

–Conquista tras conquista, y cada vez nos hundimos más en la melaza. –Y al sofocarle la risa, tosió en el pañuelo–. Es posible que el Führer esté loco. ¡Las moscas conquistan el papel cazamoscas! ¡Las moscas conquistan doscientas millas de papel cazamoscas!

La risa de Tonder era cada vez más histérica. Prackle se inclinó y lo sacudió con la mano libre.

–¡Calla! ¡Calla! ¡No tienes derecho a decir esas cosas!

Loft comprendió gradualmente que la risa de Tonder era histérica y, acercándose, le dio una bofetada.

–¡Basta, teniente!

Tonder siguió riéndose y Loft le dio otra bofetada.

–¡Basta, teniente! ¿Me oye usted?

Tonder cesó bruscamente de reír. En el silencio de la habitación no se oía más que el siseo de las linternas. Tonder miró asombrado la mano, se palpó la cara, volvió a mirar la mano y bajó la cabeza.

–Quiero volver a casa.

CAPÍTULO VI

No lejos de la plaza había una callejuela donde se juntaban los tejados puntiagudos y los pequeños comercios. La nieve había sido apisonada en el suelo, pero se amontonaba contra las verjas, se ahuecaba en los tejados puntiagudos y se deslizaba por las ventanas cerradas. En los patios se habían abierto senderos. La noche era fría y oscura. De las ventanas no se filtraba ninguna luz que pudiera atraer a los aviones bombarderos. En las calles no se veía a nadie, porque se cumplía estrictamente el toque de queda. Las casas no eran más que bultos oscuros sobre la nieve. De vez en cuando pasaba una patrulla de seis hombres que lo escudriñaban todo. Cada uno de ellos llevaba una larga lámpara. En el silencio de la noche se oía el ruido sordo de sus pasos; sus botas crujían en la nieve. Embutidos en sus gruesos capotes, bajo el casco llevaban un gorro de punto que descendía hasta cubrirles las orejas, la barbilla y la boca. Caía un poco de nieve, sólo un poco, que parecía arroz.

Los hombres de la patrulla hablaban mientras caminaban. Hablaban generalmente de las cosas con que soñaban: de carne, de sopa caliente y de manteca fresca; de ojos de mujer. Pero otras veces hablaban de lo mucho que odiaban lo que estaban haciendo y de lo solos que se sentían.

La casita de tejado puntiagudo contigua a la ferretería tenía la misma forma que las otras y el mismo gorrito de nieve que las demás. De sus ventanas no se filtraba luz. La puerta de la calle estaba herméticamente cerrada. Pero en el saloncito ardía una lámpara, y la puerta que daba a la cocina estaba abierta. En el hornillo de hierro de la pared del fondo ardía un fuego de carbón. Con su gastada alfombra en el suelo y el cálido papel marrón de las paredes, adornado con flores de lis doradas, la habitación era pobre, pero agradable. De una de las paredes colgaban dos cuadros, en uno de los cuales se veían unos peces sobre un fondo de helechos; el otro representaba un urogallo muerto en un pequeño abeto. En otra pared había un cuadro en el que Jesucristo caminaba sobre las olas hacia los desesperados pescadores. El mobiliario lo componían dos

sillas, un diván cubierto con una manta de colores vivos y una mesita redonda en el centro. Sobre la mesa ardía una lámpara de petróleo con una pantalla floreada, y la luz que irradiaba era suave y cálida.

La puerta que daba al pasillo, que a su vez llevaba a la de la calle, estaba al lado del hornillo.

Sentada en una almohadillada mecedora, Molly Morden soltaba la lana de un viejo jersey y hacía un ovillo que era ya bastante grande. Estaba sola. Las grandes agujas se ensartaban en la prenda que estaba tejiendo, que yacía a su lado en la mesa juntamente con un par de tijeras grandes y los anteojos, pues no los necesitaba para la labor. Molly Morden era bonita, joven y se arreglaba bien. Recogía en la coronilla su pelo dorado y lo adornaba con un lacito azul. En aquel momento, sus manos se afanaban en hacer el ovillo. De vez en cuando miraba hacia la puerta del pasillo, sin dejar de trabajar. El viento silbaba suavemente en la chimenea, pero la nieve apagaba los ruidos de la noche.

De pronto dejó de trabajar, sus manos quedaron quietas, miró a la puerta y prestó atención. Desde la calle le llegó el ruido de los pasos de la patrulla y el vago eco de sus voces, pero poco después se quedó todo tranquilo de nuevo. Molly arrancó una nueva hebra y la enrolló en el ovillo, pero se volvió a quedar quieta enseguida. Se oyeron en la puerta unos leves ruidos y tres breves llamadas. Molly dejó la labor y se acercó.

–¿Quién es?

Abrió la puerta y entró una persona muy abrigada. Rojos los ojos, envuelta en bufandas, la cocinera Annie entró rápidamente, como si estuviera acostumbrada a deslizarse por las puertas y cerrarlas enseguida, y se plantó allí en medio con su nariz roja, con la que sorbía sin parar, dirigiendo miradas rápidas a un lado y a otro.

–Buenas noche, Annie –le dijo Molly–. No la esperaba esta noche. Quítese las ropas y caliéntese. Fuera hace frío.

–Los soldados nos han anticipado el invierno –replicó Annie–. Mi padre solía decir que la guerra trae mal tiempo, o que el mal tiempo

trae la guerra. No sé cuál de las dos cosas.

–Desabríguese y acérquese al hornillo.

–No puedo. Vendrán enseguida.

–¿Quiénes vendrán?

–Su excelencia, el médico y los dos Anders.

–¿Aquí? –preguntó Molly–. ¿Cómo es eso?

Annie le alargó un paquetito que llevaba en la mano.

–Tómela. La he robado del plato del coronel. Es carne.

Molly se llevó a la boca la albondiguilla y habló a través del bocado:

–¿Cómo la ha conseguido usted?

–¿No soy yo la cocinera? –replicó Annie–. Siempre me quedo con algo.

–¿Cuándo vendrán?

Annie se sorbió la nariz.

–Los Anders embarcan para Inglaterra. No les queda otro remedio. Están escondidos.

–¿Por qué? –preguntó Molly.

–Hoy le han pegado un tiro a su hermano Jack por haber destrozado una vagoneta, y los soldados están buscando al resto de la familia. Ya sabe usted cómo buscan.

–Sí, ya lo sé –contestó Molly–. Siéntese, Annie.

–No tengo tiempo. Tengo que volver y decirle al intendente que todo está normal.

–¿La ha visto alguien entrar?

–No. Sé escurrirme muy bien –replicó Annie con orgullo.

–¿Cómo va a salir de casa el intendente?

Annie se echó a reír.

–En previsión de que vayan a mirar, Joseph se va a acostar en su cama, con su camisa de dormir, al lado de Madame. –Y soltando otra carcajada, añadió–: Madame le ha dicho: «Más le vale estarse quietecito, Joseph».

–La noche es muy mala para embarcar –replicó Molly.

–Mejor que para que lo fusilen a uno.

–Así es. ¿Por qué viene aquí el intendente?

–No lo sé. Quiere hablar con los Anders. Ahora tengo que irme. He venido a decírselo.

–¿Cuándo llegarán?

–Dentro de una media hora o de tres cuartos de hora –replicó Annie–. Primero vendré yo. Nadie se preocupa de las cocineras viejas. –Mientras hablaba había avanzado hacia la puerta, pero se volvió a mitad de camino y, como si fuera Molly la que hubiese dicho las últimas palabras, añadió rotundamente–: ¡No soy tan vieja! –Luego se deslizó a través de la puerta y la cerró.

Molly siguió tejiendo un rato y después se levantó, se acercó al hornillo, alzó la tapa y, encendido el rostro por el resplandor del fuego, lo atizó, le añadió unos pedazos de carbón y colocó de nuevo la tapadera. Antes de haber llegado a su silla se oyó una llamada a la puerta. Al oírla, cruzó la habitación mientras se preguntaba: «¿Qué habrá olvidado?». Salió al pasillo y exclamó:

–¿Qué quiere usted?

Le contestó una voz de hombre. Molly abrió la puerta y la voz de hombre dijo:

–No tenga miedo, no tenga miedo.

Molly retrocedió, seguida por el teniente Tonder.

–¿Quién es usted? ¿Qué quiere? No puede entrar aquí. ¿Qué quiere usted?

El teniente Tonder, envuelto en su gran capote gris, se quitó el casco y habló en tono de súplica:

–No tenga miedo. Permítame entrar.

–¿Qué quiere usted? –le preguntó Molly cerrando la puerta.

–Señorita, lo único que quiero es hablar y oírla hablar. Eso es todo.

–¿Y se impone usted a la fuerza?

–No, señorita; permítame estar un momento y me iré.

–¿Qué es lo que quiere usted?

Tonder intentó explicarse:

–¿No puede entenderme? ¿No puede creerme? ¿No podemos olvidar la guerra por un momento, sólo por un momento? ¿No podemos conversar un momento como personas?

Molly lo miró largo rato y en sus labios se dibujó una sonrisa.

–No sabe usted quién soy, ¿verdad?

–La he visto en el pueblo. Sé que es usted encantadora. Sé que quiero hablar con usted.

Molly seguía sonriendo.

–Usted no sabe quién soy.

Después se sentó y, mientras Tonder seguía de pie con la actitud de un niño aturdido, añadió suavemente:

–Se siente usted muy solo, ¿verdad? Es tan sencillo como eso, ¿verdad?

Tonder se humedeció los labios y replicó con vehemencia:

–Eso es. Ya me figuraba que lo comprendería usted. Sabía que tenía que comprenderlo. –Las palabras le salían a borbotones–. Me siento tan solo que la soledad me pone enfermo. Me siento solo, rodeado de silencio y de odio. –Y añadió en tono de súplica–: ¿No podemos conversar un rato?

Molly echó mano a la prenda que estaba tejiendo y miró a la puerta.

–No puede usted quedarse más de quince minutos. Siéntese, teniente.

Y volvió a mirar a la puerta. La casa crujió. Tonder se sobresaltó:

–¿Hay alguien en la casa?

–No. La nieve del tejado pesa mucho. Ya no tengo a nadie que la quite.

–¿De quién es la culpa? ¿Nuestra? –le preguntó Tonder con suavidad.

Molly asintió, con la mirada perdida a lo lejos.

–Sí.

–Lo siento –replicó Tonder, sentándose. Al cabo de un momento añadió–: ¿Puedo hacer algo por usted? Ordenaré que quiten la nieve del tejado.

–No, no –replicó Molly.

–¿Por qué no?

–Porque el pueblo pensaría que me he pasado al bando de ustedes y me echaría. No quiero que me echen.

–Sí, comprendo lo que sucedería. Todos ustedes nos odian. Pero, si usted me lo permite, me ocuparé de usted.

Molly comprendió que la observaba, y sus ojos se entornaron para

adquirir una expresión un poco cruel.

–¿Por qué me pide usted permiso? Es usted uno de los conquistadores. No necesitan ustedes pedir nada. Toman lo que se les antoja.

–No es así como lo quiero –replicó Tonder–. No es así como lo quiero.

Molly soltó una risa cruel.

–Usted quiere que yo le tome simpatía, ¿verdad, teniente?

Tonder contestó un sencillo «Sí», levantó la cabeza y añadió:

–Es usted muy hermosa, irradia usted calor, tiene un pelo brillante. ¡Oh, hace mucho tiempo que no veo amabilidad en la cara de una mujer!

–¿La ve usted en la mía? –preguntó Molly.

Tonder la miró fijamente a los ojos.

–Quisiera verla.

Al final, Molly bajó los ojos.

–Me está cortejando, ¿verdad, teniente?

Tonder contestó con cierta torpeza de expresión:

–Quiero serle agradable. Quiero que me tome simpatía, y verlo en sus ojos. La he visto por la calle y la he seguido con la mirada. He dado orden de que no la molesten. ¿La han molestado?

–Gracias. No, no me han molestado –le contestó mansamente Molly.

Las palabras de Tonder se precipitaron:

–Hasta le he escrito unos versos. ¿Le gustaría leerlos?

–¿Es largo? –le preguntó Molly con ironía–. Tiene que marcharse pronto.

–Es un poema muy corto, un poema muy corto –replicó Tonder. Y, metiendo la mano en el bolsillo interior del capote, sacó un papel y se lo alargó. Molly se inclinó para acercarse a la lámpara y leyó en voz baja:

Con tus ojos azules y un cielo

profundo, sueño todos los días;

y un mar de pensamientos azules

baña mi corazón.

Dobló el papel y se lo guardó en el regazo.

–¿Usted ha escrito esto, teniente?

–Sí.

–¿Para mí? –le preguntó en tono un poco burlón.

–Sí –contestó Tonder algo turbado.

Molly lo miró fijamente, sonriendo.

–No lo ha escrito usted, ¿verdad que no, teniente?

Tonder le devolvió la sonrisa como el niño a quien atrapan en una mentira.

–No.

–¿Sabe quién es el autor?

–Sí. Heine. Se titula Mit deinen blauen Augen. Siempre me ha gustado mucho –contestó Tonder, riéndose un poco confuso. Molly le acompañó en la risa y pronto se rieron los dos a la vez. Tonder cesó de reír con la misma brusquedad con que había empezado, y por sus ojos pasó una expresión muerta–. Hacía una eternidad que

no me reía así. Nos habían dicho que nos tomarían simpatía, que nos admirarían, pero no es así. Lo único que hacen es odiarnos.

De pronto cambió de conversación, como si estuviera perdiendo el tiempo:

–Es usted muy hermosa, es usted tan hermosa como la risa.

–Empieza usted a decirme palabras de amor, y en un instante tiene que marcharse –le replicó Molly.

–Es posible que quiera enamorarla. El hombre necesita amor. Sin amor, muere. Se le encogen las entrañas y le parece que el pecho se le ha convertido en madera seca. Me siento muy solo.

Molly se levantó de la silla, dirigió una nerviosa mirada hacia la puerta y se acercó al hornillo. Al volver, su cara había adquirido una expresión seria y en sus ojos relumbraban amenazas.

–Usted quisiera acostarse conmigo, ¿verdad, teniente?

–Yo no he dicho eso. ¿Por qué habla así?

En la voz de Molly hubo una vibración de amargura y de crueldad:

–Quizá trate de inspirarle antipatía. He estado casada. Mi marido ha muerto. Como ve usted, no soy virgen.

–Lo único que quiero es que me tome simpatía –exclamó Tonder.

–Lo comprendo –replicó Molly–. Es usted un hombre civilizado y sabe que el amor es más completo y se hace más agradable cuando hay buena sintonía.

–No hable usted así. Le ruego que no diga esas cosas.

Molly dirigió una rápida mirada hacia la puerta.

–Ustedes han conquistado el pueblo y se han apoderado de los víveres. Tengo hambre, teniente. Me gustaría usted más si me diera de comer.

–¿Qué está usted diciendo? –exclamó Tonder.

–¿Le disgusta lo que digo, teniente? Es posible que quiera disgustarle. Mi precio es de dos salchichas.

–¡No puede usted hablar de esa manera!

–¿Recuerda lo que les pasó a las chicas en su país después de la guerra anterior? Un hombre podía elegir a la que quisiera por un huevo o una rebanada de pan. ¿Usted quiere que me entregue de balde? ¿Encuentra demasiado alto el precio?

–Por un momento me he engañado –replicó Tonder–. Pero veo que también usted me odia. Tenía la esperanza de que no me odiaría.

–No, no le odio –replicó Molly–. Tengo hambre y...

–Le daré todo lo que necesite, pero...

Molly lo interrumpió:

–¿Quería usted expresarlo con otras palabras? ¿Verdad que lo que quiere decir es que no buscaba una prostituta?

–No sé lo que quiero decir –contestó Tonder–. Lo que sé es que en su boca suena a odio.

Molly se echó a reír.

–Tener hambre no es nada agradable. Dos salchichas, dos hermosas salchichas gordas pueden ser la cosa más preciosa del mundo.

–No diga esas cosas –exclamó Tonder–, ¡por favor!

–¿Por qué no, si es verdad?

–No es verdad. No puede ser verdad.

Molly lo miró un momento, se volvió a sentar y bajó la vista.

–No, no es verdad. No lo odio. También yo me siento sola. Y la nieve del tejado pesa mucho.

Tonder se levantó, le tomó una mano entre las suyas y le dijo suavemente:

–Por favor, no me odie usted. No soy más que un teniente. Yo no pedí venir aquí, como usted no pidió ser mi enemiga. No soy más que un hombre, no un guerrero victorioso.

Los dedos de Molly rodearon una de sus manos.

–Ya lo sé, ya lo sé.

–Después de tanta muerte tenemos algún derecho a la vida –dijo Tonder.

Molly posó un momento una mano en la mejilla de Tonder.

–Sí.

–Yo la cuidaré. En toda esta matanza tenemos algún derecho a la vida –repitió Tonder, poniendo una mano en el hombro de Molly, que se puso rígida y abrió desmesuradamente los ojos, como ante una visión.

Tonder le soltó la mano.

–¿Qué le pasa? ¿Qué tiene?

Los ojos de Molly estaban fijos mirando al frente. Tonder repitió:

–¿Qué le pasa?

Molly habló con voz de obsesionada:

–Lo vestí como al chico que va por primera vez a la escuela. Y él tenía miedo. Le abotoné la camisa y traté de consolarlo, pero no había manera. Tenía miedo.

–¿Qué está usted diciendo? –exclamó Tonder.

Molly parecía ver lo que describía:

–No sé por qué le dejaron volver a casa. Estaba turbado. No sabía lo que le sucedía. Ni siquiera me dio un beso cuando se marchó. Tenía

miedo y se portó como un valiente, como el chico que va por primera vez a la escuela.

Tender se levantó.

–Está usted hablando de su marido.

–Sí –replicó Molly–. Fui a ver al intendente, pero no podía hacer nada. Y él salió (no con paso muy firme ni en muy buen estado), y ustedes se lo llevaron y lo fusilaron. En ese momento, la noticia me pareció más extraña que terrible. No llegué a creérmelo del todo.

–¡Su marido! –exclamó Tonder.

–Sí, y ahora, en esta casa silenciosa, me lo creo. Ahora que la nieve pesa en el tejado, me lo creo. Y cuando me veo sola antes de que rompa el día, en la cama todavía tibia, me lo creo.

Tonder se plantó frente a ella. Su cara reflejaba una inmensa tristeza.

–Buenas noches. Que Dios la proteja. ¿Puedo volver?

Molly miró a la pared, y al recuerdo.

–No lo sé.

–Volveré.

–No lo sé.

Tonder la miró y salió en silencio. Molly seguía mirando a la pared. «¡Que Dios me proteja!» Permaneció un momento mirando a la pared. Se abrió la puerta silenciosamente y entró Annie. Molly no la vio.

–La puerta estaba abierta –dijo Annie en tono de reproche.

Molly le dirigió lentamente la mirada con los ojos muy abiertos.

–Sí. ¡Ah!, ¿es usted, Annie?

–La puerta estaba abierta y he visto que salía un hombre. Parecía un

soldado.

–Sí, Annie –replicó Molly.

–¿Era un soldado?

–Sí, era un soldado.

Annie le dirigió una mirada de sospecha.

–¿Qué hacía aquí?

–Ha venido a hacerme el amor.

–¿Qué dice usted, señorita? –exclamó Annie–. No se habrá pasado a su bando, ¿eh? No estará con ellos, como ese Corell.

–No, no estoy con ellos, Annie.

–Si vuelve cuando esté aquí el intendente y sucede algo, tendrá usted la culpa. ¡Tendrá usted la culpa!

–No volverá. No le dejaré volver.

Pero a Annie no le abandonaron las sospechas.

–¿Puedo decirles que vengan? ¿Cree usted que no hay peligro?

–No, no hay peligro. ¿Dónde están?

–Detrás de la verja.

–Dígales que vengan.

Mientras Annie salía, Molly se levantó, se alisó el pelo y, tratando de volver a la vida, meneó la cabeza. Se oyó un ruido en el pasillo y entraron dos hombres jóvenes, altos y rubios. Vestían chaquetones de marino y jerséis oscuros de cuello alto, y se cubrían con gorros de punto en lo alto de la cabeza. Curtidos por los vientos, Will Anders y Tom Anders, forzudos pescadores, parecían mellizos.

–Buenas noche, Molly. ¿Ya lo sabe usted?

–Me lo ha dicho Annie. Mala está la noche.

–Mejor que si fuera clara –replicó Tom–. En las noches claras lo ven a uno los aviones. ¿Qué quiere el intendente?

–No lo sé. Me han contado lo de su hermano. Lo siento mucho.

Los dos hermanos se quedaron callados y se turbaron.

–Usted sabe mejor que nadie lo que es eso –replicó Tom.

–Sí.

Entró Annie y susurró con voz ronca:

–Ya están aquí.

El intendente y el doctor Winter entraron, se quitaron los sobretodos y los gorros, y los dejaron en el diván. El intendente se acercó a Molly y le dio un beso en la frente.

–Buenas noches, Molly.

Después se volvió hacia Annie.

–Quédese en el pasillo, Annie, y cuando venga la patrulla, dé un golpecito; cuando se aleje, otro; y si hay peligro, dos. Puede dejar ligeramente entreabierta la puerta de la calle para poder oír si viene alguien.

–Sí, señor.

Y Annie salió al pasillo y cerró la puerta del saloncito.

El médico se había acercado al hornillo para calentarse las manos.

–Nos han dicho que esta noche os vais –dijo a los chicos.

–Tenemos que irnos –contestó Tom.

El intendente asintió con la cabeza.

–Sí, ya lo sé. Nos han dicho que vais a llevar al señor Corell.

Tom soltó una amarga carcajada.

–Nos parece un deber. Como nos llevamos su bote, no queremos dejarlo en tierra. No es agradable verlo por la calle.

–¡Ojalá se hubiera ido! Con llevároslo no hacéis sino correr un peligro más –replicó con tristeza el intendente.

Will repitió lo que había dicho su hermano:

–No es agradable verlo por la calle. Al pueblo no le sienta bien.

–¿Os lo podréis llevar? ¿No toma precauciones? –preguntó el médico.

–Sí. Es cauteloso; a su manera. Pero generalmente vuelve a casa a pie a eso de las doce. Nosotros lo esperaremos detrás del muro. Creo que por la parte baja del jardín podemos llevarlo hasta playa. Allí está amarrado su bote. Hoy hemos estado a bordo para prepararlo.

El intendente repitió:

–¡Ojalá no tuvierais que llevároslo! Es un peligro más. Si da un grito, puede acudir la patrulla.

–No dará ningún grito, y es preferible que desaparezca en el mar –replicó Tom–. Algún día lo mataría alguien del pueblo y sería una matanza terrible. No; es mejor que salga al mar.

Molly había vuelto a tejer.

–¿Lo vais a echar por la borda?

–Va a salir al mar, señora –contestó Will, sonrojándose. Y, volviéndose hacia el intendente, preguntó–: ¿Quería vernos, señor intendente?

–Sí, quería hablar con vosotros. El doctor Winter y yo hemos procurado comprender la situación… Se habla tanto de justicia, de injusticias y de conquistas… Han invadido nuestro pueblo, pero no creo que lo hayan conquistado.

Se oyó un golpe seco en la puerta y la habitación quedó en silencio. Las agujas de Molly cesaron de tejer. La mano que había extendido el intendente quedó en el aire. Tom, que se estaba rascando una oreja, dejó la mano donde estaba y cesó de rascarse. Todos permanecieron inmóviles. Todas las miradas se volvieron hacia la puerta. Después, vagamente al principio, pero con una intensidad que fue en aumento, se oyeron los pasos de la patrulla, el crujido de sus botas en la nieve, y unas voces. La patrulla pasó por delante de la casa, y el ruido de sus pasos se perdió a lo lejos. Se oyó otro golpecito en la puerta. Las personas que estaban en el salón se calmaron.

–Annie debe de tener frío en el pasillo –dijo el intendente y, recogiendo del diván su abrigo, abrió la puerta y se lo acercó a la cocinera–. Échese esto por los hombros. –Y volvió a cerrar la puerta–. No sé lo que haría sin ella. Va a todas partes; lo ve todo y lo oye todo.

–Tendremos que irnos pronto, señor intendente –dijo Tom.

–¡Ojalá olvidarais lo del señor Corell! –replicó el doctor Winter.

–No podemos. No es agradable verlo por las calles –repuso Tom, mirando al intendente.

Éste replicó con lentitud:

–Quiero hablar con sencillez. Éste es un pueblo pequeño. La justicia y la injusticia se manifiestan en pequeñas proporciones: fusilamiento de vuestro hermano, fusilamiento de Alex Morden, venganza contra un traidor. El pueblo está furioso y no puede luchar. Pero todo en pequeñas proporciones. Se trata de la lucha de un pueblo contra otro, no de una idea contra otra.

–Es extraño que un médico hable de destrucción, pero creo que todos los pueblos invadidos quieren resistir –repuso el doctor Winter–. Estamos inermes; no bastan la moral y los cuerpos. La moral de un hombre inerme se hunde.

–¿Por qué hablamos de todo esto? ¿Qué quieren de nosotros? –preguntó Will.

–Queremos luchar contra ellos y no podemos –replicó el intendente–. Ahora utilizan el hambre, y el hambre debilita. Vosotros os marcháis a Inglaterra. Es posible que nadie os escuche, pero decidles de nuestra parte, de parte de nuestro pueblecito, que nos faciliten armas.

–¿Qué armas? ¿Fusiles?

Se oyó otro golpecito en la puerta y todos se quedaron helados donde estaban. Desde la calle llegó el ruido de los pasos de la patrulla, pero a paso redoblado, a la carrera. Will se acercó rápidamente a la puerta. Los pasos resonaron enfrente de la casa. Después se oyeron unas órdenes en voz baja y la patrulla echó a correr. Hubo otro golpecito en la puerta.

–Deben de estar buscando a alguien –dijo Molly–. ¿A quién buscarán?

–Tenemos que irnos –replicó Tom, intranquilo–. ¿Quieren ustedes fusiles, señor intendente? ¿Pedimos fusiles?

–No. Explicad la situación. Estamos vigilados. Cualquier paso que demos significará represalias. Necesitaríamos medios secretos, sencillos, potentes: explosivos, dinamita para volar vías, granadas si fuera posible, y hasta veneno –expuso el intendente con rabia–. Esta guerra no es una guerra decente. Tenemos que emplear los mismos métodos que ellos emplean con nosotros. Que tiren los ingleses bombas grandes sobre la mina y sobre las fábricas, pero que nos tiren también bombas pequeñas que podamos ocultar y poner debajo de los raíles y de los depósitos. Así estaríamos armados, secretamente armados, y el invasor no sabría quién de nosotros está armado. Que nos tiren armas sencillas. ¡Ya sabremos utilizarlas!

Winter lo interrumpió:

–Nunca sabrán de dónde va a venir el golpe. Ni los soldados ni las patrullas sabrán quién de nosotros está armado.

Tom se pasó la mano por la frente.

–Si conseguimos llegar, lo explicaremos, señor intendente, pero... he

oído que en Inglaterra mandan todavía unos hombres que no se atreven a poner armas en manos del pueblo.

El intendente lo miró.

–No había pensado en eso. Bueno, veremos. Si esa gente sigue todavía gobernando en Inglaterra y en Estados Unidos, el mundo está perdido. Si os quieren escuchar, decidles lo que os hemos dicho. Necesitamos ayuda, pero si la obtenemos –y se puso muy serio–, nos ayudaremos a nosotros mismos.

–Si nos proporcionan dinamita, la ocultaremos, la enterraremos para cuando la necesitemos, y el invasor no volverá a tener un momento de descanso. Volaremos sus depósitos de municiones –repuso el médico.

Todos se excitaron. Molly dijo con dureza:

–No les dejaríamos descansar. No les dejaríamos dormir. Jugaríamos con sus nervios, y no se sentirían seguros nunca más.

–¿Nada más, señor intendente? –preguntó Will en voz baja.

–Nada más. Eso es lo esencial –repuso el intendente.

–¿Y si no nos escuchan?

–Intentadlo, igual que vais a intentar escapar.

Se abrió la puerta y entró Annie.

–Nada más. Si tenéis que marcharos ya, Annie irá delante de vosotros para ver si el camino está libre –prosiguió el intendente, antes de darse cuenta de que Annie había entrado

–Un soldado viene hacia aquí. Tiene el mismo aire que el que ha visitado antes a Molly. He cerrado la puerta –exclamó Annie.

Todos miraron a Molly, y Molly preguntó:

–¿Qué quiere? ¿Por qué vuelve?

Se oyó una suave llamada a la puerta de la calle. El intendente se dirigió a Molly:

–¿Qué es esto, Molly? ¿Está en un apuro?

–No –contestó Molly–. ¡No! Salgan por la parte de atrás. Dense prisa, dense prisa.

Se oyeron más llamadas y una voz de hombre. Molly abrió la puerta de la cocina.

–¡Rápido, rápido!

El intendente se detuvo frente a ella.

–¿Le sucede algo, Molly? ¿Ha hecho algo?

Annie replicó con frialdad:

–Parece el mismo soldado de antes.

–Sí –dijo Molly al intendente–. Antes ha estado aquí un soldado.

–¿Qué quería? –preguntó el intendente.

–Hacerme el amor.

–¿Y no se lo ha hecho?

–No –contestó Molly–. Váyanse, yo tendré cuidado.

–Si le sucede algo, queremos ayudarla –repuso el intendente.

–Nadie puede ayudarme en esto –replicó Molly y, empujándolo, añadió–: ¡Váyase!

Annie se quedó donde estaba, mirándola.

–¿Qué quiere ese soldado, señorita?

–No lo sé.

–¿Le va usted a decir algo?

–No –replicó Molly llena de perplejidad–. No. –Y añadió en tono cortante–: No, Annie; no le voy a decir nada.

Annie frunció el ceño.

–Más le vale no decirle nada, señorita. –Y al marcharse cerró la puerta.

Seguían llamando. Se oía una voz de hombre.

Molly se acercó a la lámpara. Sentía el peso de una carga enorme. Miró la lámpara, miró la mesa, vio las tijeras que yacían junto a la prenda que estaba tejiendo y las agarró pensativamente por las hojas, pero le resbalaron en los dedos y acabó cogiéndolas como si tuviera un cuchillo. Sus ojos se llenaron de horror. Miró la lámpara y su rostro se bañó en luz. Lentamente, ocultó las tijeras debajo del vestido.

Seguían llamando. Oía que la llamaban. Se agachó hacia la lámpara y apagó la luz. En la oscuridad de la habitación no se veía sino la mancha roja del hornillo. Abrió la puerta y con una voz tensa y dulce dijo:

–Ya voy, teniente, ya voy.

CAPÍTULO VII

Una luna medio espectral iluminaba escasamente la noche blanca y tétrica. Un viento seco que soplaba con regularidad desde el Polo cantaba en la nieve, tan seca que parecía arena. Las casas se acurrucaban entre trincheras de nieve. En las ventanas, cerradas contra el frío, no se veía luz. De algunas chimeneas salía una columnita de humo.

Las aceras de las calles estaban oscuras, heladas. En el silencio no se oían sino los pasos de una patrulla de hombres tristes. Las casas, manchas oscuras en la noche, conservaban un poco de calor contra la mañana. A la entrada de la mina, los centinelas miraban hacia el cielo, disponían sus instrumentos y daban vueltas a los aparatos detectores de sonido, porque era una noche adecuada para bombardeos. En noches como aquélla caían silbando las flechas de acero, que se deshacían en metralla. Aunque la luna alumbraba poco, aquella noche se vería muy bien desde el cielo.

En uno de los extremos del pueblo, de casas bajitas, un perro se quejaba del frío y de la soledad, y, levantando el hocico hacia su dios, le daba su elocuente opinión sobre el mundo, tal como él lo veía. Cantante experimentado, tenía una voz bien impostada, sonora y de gran variedad de registros. Uno de los seis soldados de la patrulla que con aire triste recorría la calle lo oyó cantar y exclamó:

–Cada noche está peor. Habría que pegarle un tiro.

–¿Por qué? –contestó otro–. Déjalo que aúlle. Me gusta oírlo aullar. Yo tenía un perro que aullaba y nunca pude quitarle la costumbre. Era un cobarde. No me importa ese aullido. A mi perro se lo llevaron a la vez que a los demás.

–No iban a permitir que comieran lo que necesitan las personas –replicó el cabo.

–No me quejo. Ya sé que fue necesario. Pero no consigo ver las

cosas como las ven los jefes. Sin embargo, me extraña que aquí, donde no tienen tanta comida como tenemos nosotros, haya gente que tenga perros. La gente y los perros de aquí son duros, resistentes.

–Son tontos –repuso el cabo–. Por eso perdieron tan pronto. No saben planear como planeamos nosotros.

–¿Volveremos a tener perros cuando pase todo esto? –preguntó el soldado–. Yo creo que podríamos traerlos de Estados Unidos o de cualquier parte y empezar a criarlos de nuevo. ¿Qué clase de perros cree usted que tienen en Estados Unidos?

–No lo sé –replicó el cabo–. Probablemente tan absurdos como todo lo que tienen. De todos modos, es posible que carezca de sentido tener un perro. No perderíamos nada si no volviéramos a ocuparnos de los perros, salvo para cosas de policía.

–Es posible –dijo el soldado–. He oído que al Führer no le gustan. Dicen que le dan carraspera y le hacen estornudar.

–Dicen toda clase de cosas. ¡Atención! –exclamó el cabo.

La patrulla se detuvo. Se oyó a lo lejos el zumbido de los aviones.

–Ya vienen –exclamó el cabo–. Bueno, no se ve ninguna luz. Han pasado dos semanas desde que pasaron por última vez, ¿verdad?

–Doce días –contestó el soldado.

Los centinelas de la mina oyeron el lejano ronroneo de los aviones.

–Van a mucha altura –dijo un sargento.

El capitán Loft torció la cabeza para poder ver por debajo del saliente del casco.

–Vuelan unos veinte mil pies. Es posible que estén de paso.

–No son muchos –replicó el sargento, al tiempo que escuchaba el detector–. No creo que sean más de tres. ¿Aviso a la batería?

–Dígales que estén alerta y llame luego al coronel... No, no lo llame. Es posible que no vengan aquí. Están casi encima y no han empezado a descender.

–Me parece que están dando vueltas por encima de nosotros. No creo que sean más de dos –repuso el sargento.

En el pueblo, los que estaban acostados y oyeron el ruido de los aviones se encogieron en la cama y prestaron atención. En la municipalidad, el coronel Lanser se despertó, se puso de espaldas y miró con los ojos muy abiertos el techo oscuro, conteniendo el aliento para oír mejor, pero los latidos de su corazón le impidieron prestar atención tan bien como cuando respiraba. El intendente, dormido, oyó el zumbido, se le complicó en el sueño y se revolvió y susurró unas palabras.

Dos aviones de color de barro describieron circunferencias en el aire y, cortando la chispa de los motores, se deslizaron en espiral. De cada uno de ellos se desprendieron unos bultitos –cientos de bultos uno detrás de otro–, que se precipitaron unos metros y abrieron unos pequeños paracaídas que descendieron flotando silenciosamente. Se oyó otra vez el ruido de los motores y los aviones ganaron altura. Después se volvieron a callar y describieron otras curvas, y nuevos bultos se precipitaron en el espacio y los aviones se alejaron en la dirección de donde habían venido.

Los paracaídas flotaron como flotan los milanos –la brisa los dispersó y distribuyó como los milanos distribuyen semilla–, y fueron posándose lentamente, con tanta suavidad que algunos de los paquetes de dinamita quedaron tiesos en la nieve, mientras los paracaídas se amontonaban suavemente a su alrededor; sobre la nieve, parecían negros. Cayeron en campos blancos, y en los bosques de las colinas sobre árboles, y quedaron colgados de las ramas. Otros cayeron en los tejados, y delante de las casas. Uno quedó tieso sobre la corona de nieve que ceñía la cabeza de la estatua de san Alberto el Misionero.

Otro cayó en la calle, no lejos de donde estaba la patrulla.

–¡Cuidado! Es una bomba de relojería –exclamó el sargento.

–No es lo bastante grande –replicó un soldado.

El sargento proyectó la luz de la lámpara eléctrica sobre el bulto azul, un paracaídas no mayor que un pañuelo y que tenía atado un paquete envuelto en papel azul.

–No os acerquéis. Que no lo toque nadie. Harry, ve a la mina y dile al capitán que venga. Vamos a ver qué es esto.

Al fin amaneció. La gente que salía de sus casas en el campo vio las manchas azules en la nieve. Se acercaron, recogieron los bultos, abrieron los paquetes y leyeron las palabras impresas. Al ver el regalo, cada uno de los que encontraron algo adoptaba una actitud sigilosa, ocultaba el paquete debajo del abrigo y se iba a buscar un lugar secreto donde esconderlo.

Los niños se enteraron y se dedicaron a recorrer el campo en una obstinada búsqueda de huevos de Pascua; y cuando algún afortunado veía la mancha azul, se precipitaba corriendo, abría el paquete, ocultaba el tubo e informaba a sus padres. Hubo algunas personas que se asustaron y entregaron los tubos a los invasores, pero no fueron muchas. Los soldados se dedicaron a otra búsqueda de huevos de Pascua en el pueblo, pero no tuvieron tanta suerte como los niños.

La mesa de comedor con las sillas a su alrededor había quedado en el salón de la municipalidad como el día en que fusilaron a Alex Morden. El salón no conservaba la gracia que tenía cuando la casa era aún la Municipalidad. Las paredes, sin sillas, tenían un aire desnudo. La mesa en la que siempre había papeles le daba aspecto de oficina. El reloj de la repisa de la chimenea marcó las nueve. Era un día oscuro y nuboso, pues con la aurora habían aparecido nubes cargadas de nieve.

Annie salió de la habitación del intendente, se inclinó sobre la mesa y echó un vistazo a los papeles. Justo entonces apareció el capitán Loft, que se quedó en el umbral mirándola.

–¿Qué hace usted aquí? –le preguntó.

–Sí, señor –replicó hoscamente Annie.

–Le he preguntado qué está usted haciendo aquí.

–Iba a limpiar un poco.

–Deje eso en paz y váyase.

Annie replicó:

–Sí, señor. –Esperó a que el capitán dejara libre el paso y salió.

El capitán volvió a asomarse por la puerta.

–Bueno, tráigalos.

Entró un soldado con el fusil al hombro. Traía unos cuantos bultos azules. De cada uno de ellos colgaban unas cuerdecitas y unos trapos azules.

–Déjelos sobre la mesa.

El soldado dejó con cuidado los bultos sobre la mesa.

–Ahora, suba y dígale al coronel Lanser que aquí estoy con... estas cosas.

El soldado giró sobre sus talones y salió.

Loft se acercó a la mesa, agarró uno de los bultos y en su cara apareció una expresión de disgusto. Después sostuvo en alto el paracaídas azul por encima de su cabeza y luego lo dejó caer. El paracaídas se abrió, y el paquete flotó y se deslizó hasta el suelo. Loft lo recogió y lo examinó.

El coronel Lanser entró rápidamente, seguido por el mayor Hunter. Hunter traía en la mano un papel amarillo.

–Buenos días, capitán –dijo el coronel, sentándose a la cabecera de la mesa y agarrando un paquete después de haber contemplado el montoncito.

–Siéntese, Hunter. ¿Ha examinado usted éstos?

Hunter acercó una silla, se sentó y miró el papel amarillo que tenía

en la mano.

–No muy detenidamente. En diez millas de línea ferroviaria ha habido tres cortes.

–Bueno, eche un vistazo a estas cosas y dígame lo que piensa.

Hunter tomó uno de los paquetes, le quitó la envoltura exterior, se fijó en que dentro había otro paquetito, sacó un cortaplumas y dio un corte. El capitán Loft miraba por encima del hombro de Hunter. Hunter olió lo que había cortado y se frotó los dedos.

–Qué tonterías. Es dinamita corriente. Hasta que la pruebe no puedo decir cuál es la proporción de nitroglicerina que contiene. –Y, mirando a la punta del cartucho, prosiguió–: Tiene la cápsula corriente de fulminato de mercurio y una mecha que creo puede durar un minuto. Todo ello muy barato y muy sencillo –añadió dejando el cartucho en la mesa.

El coronel miró a Loft.

–¿Cuántos cree usted que han dejado caer?

–No lo sé, mi coronel. No hemos recogido más que unos cincuenta, pero han caído unos noventa paracaídas. No sé por qué la gente del pueblo deja los paracaídas cuando se lleva los tubos, y probablemente hay muchos que todavía no hemos encontrado.

Lanser agitó una mano.

–No importa. Pueden dejar caer cuantos quieran. Nosotros no podemos ni evitarlo ni utilizarlos contra ellos. No han logrado nada.

–Los borraremos del mundo –replicó Loft con ferocidad.

Hunter se había puesto a sustraer el fulminante a uno de los cartuchos.

–Sí... Podemos borrarlos –replicó Lanser–. ¿Ha visto usted esta envoltura, Hunter?

–Todavía no; no he tenido tiempo.

–Es algo diabólico –replicó Lanser–. Es azul para que se vea bien. Se quita el papel exterior –dijo al tiempo que agarraba uno de los paquetes– y se encuentra un pedazo de chocolate. Todo el mundo se va a poner a buscar chocolate. Estoy seguro de que hasta nuestros soldados se lo comen. Los chicos lo buscan como si fueran huevos de Pascua.

Entró un soldado y dejó en la mesa, delante del coronel, un papel amarillo. Lanser le echó un vistazo y soltó una risa amarga.

–Eso es para usted, Hunter. Dos cortes más en la vía.

Hunter dejó de examinar la capsulita de cobre y preguntó:

–¿En qué extensión han tirado estas cosas? ¿Por todas partes?

Lanser se quedó perplejo.

–No, eso es lo raro. He hablado con la capital. El único sitio donde las han tirado es aquí.

–¿Cómo lo interpreta usted? –le preguntó Hunter.

–Es difícil decirlo. Yo creo que se trata de un ensayo, y supongo que si aquí da resultado lo repetirán en todas partes; y, si no lo da, no se volverán a ocupar.

–¿Qué va a hacer usted?

–De la capital me dicen que es tan implacable como para que no vuelvan a dejarlas caer en ninguna otra parte.

Hunter dijo en tono de queja:

–¿Cómo voy a reparar cinco cortes de la vía? No tengo bastantes raíles.

–Tendrá usted que sacarlos de alguna de las desviaciones –repuso Lanser.

–Va a quedar una vía infernal.

–Será infernal, pero tendremos vía.

Hunter tiró el tubo vacío al montón.

–Hay que acabar inmediatamente con esto, mi coronel –intervino Loft–. Antes de que utilicen los cartuchos, tenemos que detener y castigar a las personas que los recogen. Debemos actuar, para que no crean que somos blandos.

Lanser lo miró sonriente.

–Calma, capitán. Veamos primero lo que tenemos aquí, y después pensaremos en los remedios. –Y, tomando otro paquete, lo abrió, sacó un pedacito de chocolate y lo probó–: Es diabólico. El chocolate es muy bueno. Ni yo mismo puedo resistirme. El premio está en el paquete. –Y sacando la dinamita, preguntó–: ¿Qué opina de esto realmente, Hunter?

–Lo que le he dicho. Es cosa barata y muy efectiva para pequeños trabajitos: dinamita con su fulminante y con una mecha que dura un minuto. Buena cuando se sabe cómo utilizarla. No sirve para nada cuando no se sabe.

Lanser leyó el impreso que contenían los paquetes.

–¿Ha leído esto?

–Le he echado un vistazo –repuso Hunter.

–Bueno, yo lo he leído y quiero que presten atención. –Y leyó–: «Al pueblo inconquistado: Ocultad esto. No os expongáis. Lo necesitaréis más tarde. Es un regalo que os hacen vuestros amigos y que vosotros haréis al invasor de vuestro país. No lo utilicéis en cosas demasiado grandes». –Y después lo recorrió con la mirada–: Vean esto, «líneas ferroviarias [...] actuar de noche [...] cortar las comunicaciones». Y esto: «Instrucciones: líneas ferroviarias. Se coloca el cartucho cerca de una juntura y apretado contra una traviesa. Se sujeta con barro o con nieve prieta para que quede firme. Cuando se enciende la mecha, se puede contar lentamente hasta sesenta antes de que explote».

–Da resultados –replicó simplemente Hunter cuando el coronel

levantó la cabeza para mirarlo.

Lanser siguió deslizando la mirada por el papel.

–«Puentes: quitarles resistencia, no destruirlos [...] postes telegráficos [...] pasos bajo carreteras [...] camiones...». –Y, dejando el papel, añadió–: Eso es todo.

–Tenemos que hacer algo –dijo Loft, colérico–. Hay que encontrar el modo de controlar la situación. ¿Qué dice el cuartel general?

Lanser frunció los labios y sus dedos jugaron con uno de los cartuchos.

–Yo se lo hubiera podido decir antes de que lo dijera el cuartel general. Tengo órdenes de tender trampas y de envenenar el chocolate. –Y tras hacer una pausa, prosiguió–: Soy un hombre bueno y leal, Hunter; pero, al oír las brillantes ideas del cuartel general, a veces me gustaría ser paisano, un paisano viejo y lisiado. Siempre creen que se las tienen que ver con gente estúpida. No quiero decir que ésta sea la medida de su inteligencia, ¿verdad?

A Hunter le hizo gracia.

–¿No lo dice usted?

–No –replicó Lanser secamente–. No, no lo digo. Pero ¿qué va a suceder? Alguien recogerá uno de estos cartuchos y volará hecho pedazos por la trampa que pondremos. Algún niño se comerá el chocolate y morirá envenenado por la estricnina. ¿Y después? –Se miró a las manos–. Antes de recogerlos los tocarán con un palo, o les echarán un lazo. El chocolate lo probarán con el gato. ¡Maldita sea, mayor! Esta gente es inteligente. Con trampas estúpidas no los atraparemos dos veces.

Loft carraspeó.

–Esas palabras son derrotistas, mi coronel. Debemos hacer algo. ¿Por qué supone que no los han dejado caer más que aquí?

–Por una de estas dos razones: o han elegido este pueblo al azar, o hay comunicación entre este pueblo y el exterior. Sabemos que se

han fugado algunos jóvenes.

–Debemos hacer algo, mi coronel –repitió Loft monótonamente.

Lanser se volvió.

–Loft, creo que le voy a recomendar para el Estado Mayor. Usted quiere actuar antes de saber en qué consiste el problema. Esta conquista es de un género nuevo. Antes siempre era posible desarmar a la gente y mantenerla en la ignorancia. Ahora oyen la radio, y no podemos detenerlos. Ni siquiera podemos encontrar los aparatos.

En el umbral apareció un soldado.

–El señor Corell desea verlo, mi coronel.

–Dígale que espere. –Y, dirigiéndose a Loft, añadió–: Leen hojitas; del cielo caen armas. Hoy es dinamita, capitán; pronto serán granadas, y después veneno.

–Todavía no han lanzado veneno –repuso Loft impresionado.

–No, pero lo tirarán. ¿Puede usted imaginar el efecto que haría en la moral de nuestros hombres, y hasta en la suya propia, el que este pueblo dispusiera de flechitas, de esas inofensivas flechitas que se clavan en un blanco, pero con las puntas mojadas en cianuro; de unas flechitas silenciosas que no se oirían y que perforarían el uniforme sin hacer ruido? ¿Qué sucedería si nuestros hombres supieran que abundaba el arsénico? ¿Comería y bebería usted, o comerían y beberían ellos a gusto?

–¿Está usted describiendo la campaña del enemigo, mi coronel? –preguntó secamente Hunter.

–No, no trato más que de preverla.

–Estamos aquí hablando, y, sin embargo, deberíamos estar buscando la dinamita, mi coronel –dijo Loft–. Si existe una organización en el pueblo, debemos descubrirla y aplastarla.

–Sí, tendremos que aplastarla ferozmente –repuso el coronel–. Usted

se ocupará de un detalle; Prackle se ocupará de otro. Ojalá tuviera más oficiales jóvenes. La muerte de Tonder no nos ha ayudado nada. ¿Por qué no podía dejar en paz a las mujeres?

–No me gusta la actitud de Prackle, mi coronel –dijo Loft.

–¿Qué hace?

–No hace nada, pero está nervioso y triste.

–Me lo figuro. De esas cosas he hablado yo mucho. Si no hubiera hablado tanto, sería general. Hemos adiestrado a nuestros jóvenes para la victoria y hay que reconocer que en la victoria son magníficos, pero no acaban de saber lo que tienen que hacer en la derrota. Les hemos dicho que son más brillantes y más valientes que otros jóvenes y se han llevado una tremenda sorpresa al ver que no son más brillantes ni más valientes.

–¿Qué quiere usted decir con derrota? Nosotros no estamos derrotados.

Lanser lo miró fríamente durante un largo rato, sin hablar. Loft sostuvo un momento la mirada, pero acabó por bajarla.

–¡Mi coronel!

–Gracias –repuso Lanser.

–A otros no les exige esto, mi coronel.

–Otros no piensan lo que usted ha pensado, de modo que no insultan. Cuando usted lo dice, es insultante.

–Sí, señor –contestó Loft.

–Ahora, váyase, y procure dominar a Prackle. Empiecen la búsqueda. No quiero que se mate a nadie mientras no se exceda, ¿comprende?

–Sí, mi coronel.

Loft saludó y salió de la habitación.

–¿No ha estado usted un poco duro con él? –preguntó sonriente Hunter a Lanser.

–No tenía más remedio. Está asustado. Sé qué clase de hombre es. Cuando tiene miedo, hay que hablarle con severidad; si no, se desmoraliza. Creo que será mejor que vaya usted a la vía del tren. Ya puede figurarse que si la vuelan será esta noche.

Hunter se levantó.

–Sí. Supongo que habrá recibido usted órdenes de la capital.

–Sí.

–¿Y son...?

–Ya sabe usted lo que son –le interrumpió Lanser–. Ya sabe usted lo que tenían que ser. Detengan a los jefes, fusílenlos, tomen rehenes, fusílenlos, tomen más rehenes, fusílenlos. –Había alzado la voz, pero acabó por bajarla casi hasta un susurro–. Y más odio, y cada vez mayor el abismo que nos separa.

–¿Han condenado a alguien de la lista de nombres que enviamos? –preguntó Hunter, titubeando y señalando ligeramente el dormitorio del intendente.

Lanser negó con la cabeza.

–No, hasta ahora no. Hasta ahora no están más que detenidos.

Hunter replicó en voz baja:

–Quiere usted que diga... Quizás esté usted cansado, mi coronel. ¿Quiere que informe que está usted muy cansado?

Lanser se cubrió un momento los ojos con una mano, después se irguió y se puso serio.

–Yo no soy un paisano, Hunter. Ya sabe usted que andamos faltos de oficiales. Póngase a trabajar, mayor. Tengo que ver a Corell.

Hunter sonrió, se acercó a la puerta, la abrió y se asomó:

–Sí, aquí está. –Y por encima del hombro dijo a Lanser–: Es Prackle. Quiere verlo.

–Que pase –repuso Lanser.

Entró Prackle con cara sombría y aire belicoso.

–Mi coronel, quiero...

–Siéntese –le replicó Lanser–. Siéntese y descanse un momento. Sea un buen soldado, teniente.

Prackle, cuya rigidez se disipó pronto, se sentó a la mesa y apoyó los codos.

–Quiero...

–Quédese callado un momento –le interrumpió Lanser–. Ya sé lo que es. Usted no creía que sería así, ¿verdad? Usted creía que sería más bien agradable.

–Nos odian –repuso Prackle–. Nos odian terriblemente.

Lanser sonrió.

–¿Sabré realmente lo que le pasa? Para ser buen soldado hay que ser joven, y los jóvenes necesitan mujeres, ¿no es eso?

–Eso es, mi coronel.

–¿Lo odia a usted? –le preguntó Lanser bondadosamente.

Prackle lo miró asombrado.

–No sé, mi coronel. A veces creo que no le doy más que lástima.

–¿Y se siente usted muy desgraciado?

–No me gusta este pueblo, mi coronel.

–Usted creía que iba a divertirse, ¿verdad? El teniente Tonder no tuvo fuerza de voluntad, salió en busca de aventuras y le dieron una cuchillada. Podría mandarlo a usted a casa, pero ¿quiere usted

darse cuenta de que lo necesitamos aquí?

–Sí, mi coronel –replicó Prackle un poco inquieto,

–Bien. Ahora le voy a decir una cosa que creo que comprenderá. Usted ya no es un hombre; es usted un soldado. Sus preocupaciones no tienen importancia, teniente, y tampoco su vida la tiene mucha. Si sobrevive, tendrá recuerdos. Eso es casi lo único que le quedará. Entretanto, tiene usted que cumplir las órdenes que se le den. La mayoría de ellas serán desagradables, pero eso no es asunto suyo. No quiero mentirle, teniente. Le deberían haber preparado para esto, y no para desfiles bajo una lluvia de flores. Le deberían haber preparado el alma para la verdad, y no engañarlo con mentiras. –Y en tono más duro, añadió–: Pero usted aceptó la obligación, teniente, y tiene que decidir si va a continuar o si quiere irse. No podemos ocuparnos de su alma.

Prackle se levantó:

–Gracias, mi coronel.

–En cuanto a la chica, teniente, puede usted violarla, o protegerla, o casarse con ella... Nada de eso tiene importancia con tal de que esté dispuesto a matarla cuando se le ordene.

–Bien, mi coronel. Gracias, mi coronel –repuso Prackle con aire de desaliento.

–Le aseguro que es mejor saberlo. Puede estar convencido. Es mejor saberlo. Ahora váyase, teniente, y si Corell está esperando todavía, mándemelo. –Y lo siguió con la mirada hasta el umbral.

Corell era un hombre diferente. Con el brazo izquierdo enyesado, no era ya el Corell jovial, amistoso y sonriente. Tenía una expresión de amargura y un gesto duro. Sus ojos bizqueaban y bajaba la mirada como los de un cerdito muerto.

–Debería haber venido antes, mi coronel, pero su falta de cooperación me ha hecho dudar.

–Tenía entendido que estaba usted esperando respuesta a su informe –replicó Lanser.

–Estaba esperando mucho más que eso. Usted me negó un cargo que tuviera autoridad y me dijo que no servía para nada. No comprendía que cuando llegaron ustedes llevaba yo mucho tiempo aquí. En contra de mi consejo, mantuvo usted al intendente.

–Sin él hubiéramos tenido probablemente muchos más desórdenes.

–Eso es cuestión de opiniones. Ese hombre es el líder de un pueblo rebelde.

–¡Qué tontería! No es sino un hombre sencillo.

Con la mano libre, Corell sacó del bolsillo del lado derecho un cuadernito negro y lo abrió.

–Olvida usted, coronel, que yo tengo mis fuentes de información y que llevo aquí mucho más tiempo que usted. Tengo que informarle de que el intendente Orden ha estado en relación íntima con todo lo que ha sucedido. La noche que el teniente Tonder fue asesinado, el intendente estuvo en la casa donde se cometió el asesinato. La chica huyó a las montañas y se alojó en casa de un pariente suyo. Yo le seguí la pista, pero no había escapado. Siempre que alguien se ha fugado, el intendente Orden lo ha sabido y le ha ayudado. Hasta tengo fuertes sospechas de que está mezclado en esto de los paracaídas.

–Pero no puede probarlo –le replicó seriamente Lanser.

–No, no puedo probarlo –repuso Corell–. Lo primero lo sé; lo segundo no hago más que sospecharlo. Es posible que ahora esté usted dispuesto a escucharme.

–¿Qué quiere usted? –le preguntó Lanser en tono tranquilo.

–Mis sugerencias son algo más que sugerencias. Orden debe servir de rehén, y su vida depende de que haya paz. Su vida debe depender de que se encienda una sola mecha en un solo cartucho de dinamita.

Y volviendo a meter la mano en el bolsillo sacó un cuaderno doblado, lo agitó para abrirlo y lo dejó sobre la mesa delante del coronel.

–Ésa es la respuesta a mi informe al cuartel general. Se dará usted cuenta de que me presta cierta autoridad.

–Ha saltado usted por encima de mí, ¿verdad? –le replicó Lanser mirando el librito; luego, mirándolo a él con franca antipatía, añadió–: Me han dicho que está usted herido. ¿Qué le ha pasado?

–La noche que asesinaron al teniente Tonder me quisieron secuestrar, pero me salvó la patrulla. Aquella misma noche se fugaron algunas personas en mi bote. ¿Puedo ahora insistir con más fuerza en que el intendente debe servir de rehén?

–Aquí está; no se ha fugado –repuso Lanser–. ¿Cómo nos va a servir como rehén más de lo que nos sirve?

Se oyó a lo lejos una explosión y los dos hombres miraron en la dirección de donde vino. Corell exclamó:

–Ahí la tiene, coronel, y usted sabe perfectamente que, si este experimento da resultado, pronto habrá dinamita en todo el país.

–¿Qué sugiere usted? –replicó mansamente el coronel.

–Lo que le he dicho. Orden debe servimos para aplastar la rebelión.

–¿Y si se rebelan cuando lo fusilemos?

–Fusilaremos al mediquillo; no ejerce cargo alguno, pero es la segunda autoridad del pueblo.

–Pero no ejerce ningún cargo.

–Goza de la confianza del pueblo.

–Y después de que lo fusilemos, ¿qué?

–Tendremos autoridad. La rebelión quedará aplastada. Muertos los líderes, la rebelión quedará aplastada.

–¿Lo cree usted realmente? –repuso Lanser en tono de perplejidad.

–Estoy convencido.

Lanser meneó lentamente la cabeza.

–¡Centinela!

Se abrió la puerta y apareció un soldado en el umbral.

–Sargento –añadió Lanser–, el intendente Orden y el doctor Winter quedan detenidos. Disponga que vigilen a Orden y traiga aquí inmediatamente a Winter.

–A la orden, mi coronel –replicó el centinela.

Lanser miró a Corell.

–Espero que usted sepa lo que está haciendo. Espero que sepa usted lo que está haciendo.

CAPÍTULO VIII

Las noticias circulaban rápidamente en el pueblo, y la de la detención del intendente corrió de puerta en puerta acompañada de miradas expresivas –«Han detenido al intendente»–, causando una mansa y orgullosa satisfacción. Los vecinos se la pasaban unos a otros en voz baja y luego se separaban. Los que iban a comprar cosas de comer se inclinaban para decir unas palabritas a los dependientes.

La gente salió al campo y fue a los bosques en busca de dinamita. Los niños que jugaban en la nieve y la encontraban ya tenían instrucciones. Abrían los paquetes, se comían el chocolate, enterraban la dinamita en la nieve y decían a sus padres dónde la habían enterrado.

Lejos del pueblo, un hombre encontró un tubo, leyó las instrucciones, se preguntó «¿Servirá esto?», puso el tubo en la nieve, encendió la mecha y echó a correr contando, pero contó demasiado deprisa. Antes de que el cartucho explotara había contado sesenta y ocho. Entonces se puso a buscar tubos con gran entusiasmo.

Como obedeciendo a una señal, los vecinos se metieron en sus casas, cerraron las puertas y las calles quedaron en silencio. En la mina, los soldados registraban y volvían a registrar a los mineros que bajaban a la galería, y el nerviosismo les llevaba a hablarles y a tratarlos con dureza. Los mineros los miraban fríamente y en el fondo de sus ojos se veía una chispita de satisfacción.

En el saloncito del palacete de la Municipalidad la mesa había quedado limpia de papeles. Un soldado montaba guardia ante el dormitorio del intendente. Annie, que estaba de rodillas poniendo carbón en el hogar, levantó la cabeza y le preguntó con cierta insolencia:

–¿Qué le van ustedes a hacer?

El soldado no respondió.

Se abrió la otra puerta, entró otro soldado llevando del brazo al doctor Winter, volvió a cerrarla y se quedó dentro.

–Hola, Annie –dijo el médico–. ¿Cómo está su excelencia?

Annie le señaló el dormitorio:

–Ahí está.

–No está enfermo, ¿verdad?

–No me ha parecido que estuviera enfermo –replicó Annie–. Veré si puedo decirle que está usted aquí. –Y se dirigió en tono imperioso al centinela–: Diga a su excelencia que está aquí el doctor Winter, ¿me oye?

El centinela no contestó ni se movió, pero detrás de él se abrió la puerta y apareció el intendente, quien hizo caso omiso de él y pasó al salón. El centinela pensó un momento en meterlo otra vez en el dormitorio, pero volvió a su puesto al lado de la puerta.

–Gracias, Annie –dijo el intendente–. Haga el favor de no alejarse mucho. Es posible que la necesite.

–No me alejaré, señor intendente –repuso Annie–. ¿Cómo está Madame?

–Se está peinando. ¿Quiere usted verla?

–Sí, señor –contestó Annie y, pasando al lado del soldado, entró en el dormitorio y cerró la puerta.

–¿Querías algo? –preguntó el intendente al doctor Winter.

En los labios del médico se dibujó una sonrisa sardónica.

–Creo que estoy detenido. Me ha traído ese amigo –contestó señalando al soldado por encima del hombro.

–Esto tenía que llegar. ¿Qué pensarán hacer ahora? –repuso el intendente. Los dos hombres se miraron largo rato, y cada uno comprendió lo que el otro pensaba–. Aunque quisiera, no podría

evitar las explosiones.

–Yo lo sé, pero ellos no lo saben –dijo el médico, y, como devanando algo en que hubiera estado pensando, añadió–: Es gente que se preocupa por hacer las cosas a tiempo, y va llegando la hora. Creen que, porque ellos no tengan sino un líder y una cabeza, los demás somos iguales. Saben que en su país se acabaría todo con cortar diez cabezas, pero nosotros somos libres y tenemos tantas cabezas como personas, y en caso de necesidad los líderes brotan como setas.

El intendente le puso una mano en el hombro:

–Gracias. Ya lo sabía, pero da gusto oírtelo. Nuestra gente no agachará la cabeza, ¿verdad? –Y al decirlo lo miró con ansiedad.

El médico le reconfortó:

–No, no bajará la cabeza. Con la ayuda exterior se sentirá más fuerte.

El salón quedó en silencio. El centinela cambió un poco de postura y su fusil chocó contra uno de los botones.

–Contigo puedo ser franco, y probablemente no podremos conversar más. He tenido unos cuantos pensamientos vergonzosos –dijo el intendente, tosiendo y mirando al centinela, que no dio señales de haber oído nada–. He estado pensando en mi propia muerte. Si siguen su conducta habitual, me tendrán que matar, y después te matarán a ti. –Y como el médico no replicó, le preguntó–: ¿No te parece?

–Supongo que sí.

El médico se acercó a una de las sillas doradas, pero en el momento en que iba a sentarse notó que el tapiz estaba gastado y lo acarició como si lo zurciera con los dedos. Después se sentó con cuidado, ya que el tapiz estaba gastado.

–Tengo miedo y he estado pensando en la manera de fugarme, de salir de esta –prosiguió el intendente–. He pensado en escaparme. He pensado en suplicar que me perdonen la vida, y he sentido

vergüenza.

El médico alzó la mirada.

–Pero no has suplicado.

–No.

–Y no vas a suplicar.

El intendente titubeó:

–No. Pero lo he pensado.

El médico le replicó dulcemente:

–¿Cómo sabes que yo no lo he pensado? ¿Cómo sabes que los demás no piensan lo mismo?

–¿Por qué te habrán detenido a ti? –repuso el intendente–. Supongo que tendrán que matarte a ti también.

El médico se quedó mirando sus pulgares, que giraron uno en torno del otro.

–Supongo que sí.

El intendente se quedó callado.

–Estás seguro. Mira: yo soy un hombre insignificante y este pueblo es pequeño, pero en un hombre insignificante puede haber una chispa que se convierta en una llamarada. Tengo miedo, un miedo terrible, y he estado pensando en todas las cosas que podría decir para salvar la vida, y luego se me han ido esos pensamientos y hay instantes en que siento una especie de exaltación, como si fuera más grande y mejor de lo que soy. ¿Y sabes en qué he pensado? –Y, sonriendo al recordar, añadió–: ¿Recuerdas que en la escuela nos leían la Apología? Sócrates dice: «Alguien preguntará: "¿No estás avergonzado, Sócrates, de vivir de una manera que es probable que te traiga una muerte prematura?". Y yo podré replicarle con razón: "Te equivocas. El hombre digno no debe calcular las posibilidades de vivir o de morir; lo único que debe considerar es si obra bien o

mal».

El intendente hizo una pausa para recordar, pero el médico se inclinó hacia delante y prosiguió, emocionado:

–«Si obra como un hombre bueno o como un hombre malo». No recuerdas la cita exacta. Nunca fuiste un buen humanista. También recitaste mal la acusación.

El intendente soltó una risita:

–¿Te acuerdas de eso también?

–Sí –contestó expresivamente el médico–. Lo recuerdo bien. Olvidaste una línea o una palabra. Era el día de aprobar el examen y te pusiste tan nervioso que olvidaste meterte la camisa en los pantalones y te asomaba un faldón. Te extrañaba que nos riéramos.

El intendente se sonrió para sí mismo y su mano buscó furtivamente detrás un faldón de la camisa.

–Yo era Sócrates y vituperaba a la Junta Escolar. ¡Qué acusación! La proferí a gritos, y me di cuenta de que enrojecían.

–Contenían el aliento para no soltar la carcajada. Se te veía la camisa –repuso el médico.

El intendente se echó a reír.

–¿Cuánto tiempo hace? ¿Cuarenta años?

–Cuarenta y seis.

El centinela de la puerta del dormitorio se acercó al que estaba en la otra y los dos hombres hablaron en voz baja, torciendo la boca como los niños cuando hablan en la escuela.

–¿Cuántas horas llevas de servicio?

–Toda la noche. Casi no puedo abrir los ojos.

–Las mismas llevo yo. ¿Recibiste carta de tu mujer en el barco de

anoche?

–Sí. Me da recuerdos para ti. Dice que ha oído que estás herido. No me escribe mucho.

–Dile que estoy bien.

–Ya se lo diré..., cuando le escriba.

El intendente levantó la cabeza y miró al techo.

–Estooo... No sé si me acordaré... ¿Cómo sigue?

El médico le apuntó:

–«Y a vosotros...»

–«Y a vosotros, que me habéis condenado...» –prosiguió en voz baja el intendente.

Entró entonces en el salón sin hacer ruido el coronel Lanser. Los centinelas adoptaron una postura rígida. Al escuchar las palabras del intendente, Lanser se detuvo y prestó atención.

Perdido al intentar recordar las viejas palabras, el intendente miraba al techo.

–«Y a vosotros, que me habéis condenado a muerte, a vosotros, mis asesinos, os voy a hacer ahora una profecía, pues voy a morir, y a la hora de la muerte el hombre goza del don de profetizar. Y os profetizo que inmediatamente después de mi muerte...».

–«De mi partida» –le corrigió el médico, poniéndose de pie.

El intendente lo miró.

–¿Cómo?

–La palabra es «partida», no «muerte». La misma equivocación cometiste entonces, hace cuarenta y seis años.

–No, es muerte, es muerte –replicó el intendente; se volvió y, al ver que el coronel lo estaba mirando, le preguntó–: ¿No es «muerte»?

–Es «partida». Es «inmediatamente después de mi partida» –le contestó Lanser.

El médico insistió:

–¿Te das cuenta? Somos dos contra uno. La palabra es «partida». La misma equivocación que cometiste entonces.

El intendente fijó la mirada enfrente, pero sus ojos se volvían al recuerdo y no veían nada a su alrededor.

–«Y os profetizo que, inmediatamente después de mi... partida, os espera con toda seguridad un castigo mucho mayor que el que me habéis impuesto a mí».

El médico y el coronel asentían y parecían querer ayudarlo a recordar. El intendente prosiguió:

–«Me matáis porque queréis libraros del acusador y no rendir cuenta de vuestras vidas...».

En esto entró el teniente Prackle, muy excitado.

–¡Mi coronel!

El coronel siseó y extendió una mano para contenerlo.

Con voz más sonora a medida que recitaba, el intendente continuaba:

–«Pero no ocurrirá lo que suponéis, sino todo lo contrario. Pues os digo que serán más los que os acusen –hizo un ademán de orador– que aquellos a quienes hasta ahora he contenido; y como serán más jóvenes tendrán menos consideraciones con vosotros y os sentiréis más ofendidos». –Y frunció el ceño para recordar.

–Mi coronel, hemos encontrado a unos hombres con dinamita encima –dijo el teniente.

–Shhh... –gesticuló el coronel.

El intendente continuó:

–«Si creéis que matando podéis evitar que os censuren vuestra maldad, estáis equivocados». –Frunció el ceño, y pensó, y miró al techo, y sonrió turbado–: No recuerdo más. Se me ha borrado.

–Lo recuerdas muy bien después de cuarenta y seis años, y entonces no te lo sabías muy bien –repuso el médico.

–Llevan dinamita encima, mi coronel –interrumpió de nuevo Prackle.

–¿Los han detenido?

–Sí, mi coronel. El capitán Loft y...

–Diga al capitán Loft que los custodie –replicó el coronel. Después recobró el dominio de sí mismo, dio unos pasos en el salón hacia el intendente y le dijo–: Todo esto tiene que acabar, Orden.

–No pueden acabar, coronel –le replicó el intendente, desalentado.

–Lo he detenido a usted, como rehén, como garantía de la buena conducta del pueblo. Ésas son mis órdenes.

–Con esas órdenes no conseguirá nada –repuso sencillamente el intendente–. No lo comprende usted. Si yo me convierto en un obstáculo, el pueblo prescindirá de mí.

–Dígame la verdad, lo que piensa. ¿Qué hará el pueblo si sabe que lo fusilaremos a usted si encienden otra mecha?

El intendente miró al médico si saber qué decir. Entonces se abrió la puerta del dormitorio y apareció Madame, que traía en la mano el collar de intendente.

–Habías olvidado esto.

–Ah, sí –le contestó el intendente inclinando la cabeza. Madame le puso el collar–. Gracias, querida.

–Siempre te lo olvidas. Siempre te lo olvidas –repuso Madame en tono de queja.

El intendente agarró con una mano la medalla de oro en que estaba grabada la insignia del cargo y la contempló. El coronel lo apremió:

–¿Qué hará el pueblo?

–No lo sé –replicó el intendente–. Creo que encenderán la mecha igualmente.

–¿Y si usted les pide que no la enciendan?

–Esta mañana he visto a un niño que hacía una figura de nieve mientras tres soldados lo vigilaban para que no fuera una caricatura de su führer; pero antes de que la destruyeran le había sacado un gran parecido –interrumpió el médico.

Lanser no le hizo caso y repitió la pregunta al intendente:

–¿Y si usted les pide que no enciendan la mecha?

El intendente parecía estar medio dormido; se le cerraban los ojos, pero se esforzaba en reflexionar.

–No soy un hombre muy valiente, coronel. Creo que la encenderán. –Y al decirlo luchaba con cierta dificultad para expresarse–. Espero que la enciendan, pero si yo les digo que no la enciendan, les dará pena encenderla.

–¿De qué se trata? –preguntó Madame.

–Cállate un momento, querida –le dijo el intendente.

–Pero ¿cree usted que la encenderán? –insistió Lanser.

El intendente habló con orgullo:

–Sí, la encenderán. No puedo elegir entre la vida y la muerte, coronel, pero puedo elegir cómo morir. Si les digo que no luchen, lo sentirán, pero lucharán. Si les digo que luchen, se alegrarán, y yo, que no soy un hombre muy valiente, los haré un poco más valientes. –Y añadió en tono de disculpa–: Es fácil decirlo, porque mi final ha de ser el mismo.

–Nosotros podemos decirles que ha dicho usted lo contrario de lo que ha dicho –replicó Lanser–. Podemos decirles que ha suplicado que le perdonemos la vida.

El médico lo interrumpió, encolerizado:

–Se enterarían de la verdad. Ustedes no saben guardar secretos. A uno de sus hombres se le fue la lengua una noche y dijo que las moscas habían conquistado el papel cazamoscas, y todo el país conoce esas palabras. Se ha compuesto una canción titulada «Las moscas han conquistado el papel cazamoscas». No saben ustedes guardar secretos, coronel.

Desde la mina llegó el estridente sonido de la sirena. Una ráfaga de viento empujó la nieve contra las ventanas.

El intendente acarició su medallón de oro y dijo con mucha suavidad:

–Ya ve, coronel, no se pueden cambiar las cosas. Ustedes acabarán aniquilados y serán expulsados. Al pueblo no le gusta que lo conquisten, y no lo conquistarán. Los hombres libres no pueden empezar una guerra, pero una vez que empieza luchan aun en la derrota. Los borregos, los que obedecen a un líder, no pueden hacer eso, y así resulta siempre: quienes ganan las batallas son los borregos, pero quienes ganan las guerras son los hombres libres. Ya verán ustedes que es así, coronel.

Lanser se irguió.

–Mis órdenes son terminantes. La hora límite era las once de la mañana. Tengo rehenes. Si hay violencia, los rehenes serán fusilados.

–¿Ejecutará usted las órdenes sabiendo que son inútiles? –le preguntó el médico.

Lanser contrajo los músculos de la cara.

–Mis órdenes serán ejecutadas cualquiera que sea el resultado, pero creo que una proclama suya, señor intendente, puede salvar muchas vidas.

–¡Pueden ustedes decirme a qué vienen todas estas tonterías! –interrumpió Madame en son de queja.

–No son tonterías, querida.

–Al intendente no se le puede detener –le explicó Madame.

El intendente le sonrió.

–No, al intendente no se le puede detener. El intendente es una idea concebida por hombres libres, y eludirá la detención.

A lo lejos se oyó una explosión que rodó de colina en colina. La sirena de la mina lanzó un agudo grito de alarma. El intendente se quedó rígido un momento, y luego sonrió. Hubo otra segunda explosión, más cercana y más fuerte, y las colinas devolvieron el eco. El intendente miró el reloj y se lo entregó al médico, juntamente con el collar.

–¿Cómo era eso de las moscas?

–Las moscas han conquistado el papel cazamoscas –repuso el médico.

El intendente llamó «¡Annie!», y se abrió enseguida la puerta.

–¿Estaba usted escuchando?

–Sí, señor –contestó Annie turbada.

De repente, se oyó una tremenda explosión cerca, con un ruido de madera hecha astillas y de cristales rotos. Detrás de los centinelas se abrió la puerta de golpe. El intendente dijo:

–Annie, quiero que esté al lado de la señora siempre que la necesite. No la deje sola. –Y, rodeando a Madame con un brazo, le dio un beso en la frente; después avanzó lentamente hacia la puerta donde estaba el teniente Prackle. En el umbral se volvió para decirle al médico–: Critón, debo un gallo a Esculapio. –Y añadió con ternura–: ¿Te acordarás de pagar la deuda?

Antes de contestar, el médico cerró un instante los ojos:

–Se pagará la deuda.

El intendente profirió una risita.

–Ahora sí lo he recordado bien. No se me había olvidado.

Puso una mano en el brazo de Prackle, pero el teniente se apartó.

El médico hizo un lento gesto de asentimiento.

–Sí, lo has recordado bien. Se pagará la deuda.